

**OBRAS
ESCOGIDAS**

La versatilidad y habilidad narrativa de Manuel Rojas se manifiestan en estos hermosos cuentos. En ellos aparece lo misterioso, la humanización de animales (como el león, el queltehue y la skúa de nuestros mares del sur), el folklor festivo y las bromas de un grupo de jóvenes estudiantes de medicina.

Manuel Rojas nació en 1896 en Buenos Aires, donde residían sus padres chilenos. Tres años después su familia se reinstaló en Santiago, pero en 1903 su madre, ya viuda, regresó a Buenos Aires. Allí Manuel inició sus estudios, los que debió abandonar a los 11 años para ganarse el sustento. Este será el duro comienzo de un escritor que en 1957 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y que hoy es considerado uno de los grandes narradores de la América de habla española.

CÓDIGO 6731-8



9 789561 218628



EL HOMBRE DE LA ROSA Y OTROS CUENTOS

Manuel Rojas



ZIG-ZAG

Dl-07

Ch863
ROSAS
homb
c.1

El hombre de la rosa y otros cuentos

Manuel Rojas

PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1957

JUV



BIBLIOTECA
DE SANTIAGO
DIRECCION DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS Y MANUSCRITOS

11282

ÍNDICE

EL HOMBRE DE LA ROSA
pág. 7

EL LEÓN Y EL HOMBRE
pág. 27

PANCHO ROJAS
pág. 47

MARES LIBRES
pág. 57

EL FANTASMA DEL PATIO
pág. 75

HISTORIA DE HOSPITAL
pág. 99

UNA CARABINA Y UNA COTORRA
pág. 123

MANUEL ROJAS
pág. 139

Ilustraciones interiores de
ANDRES JULJIAN.

Viento Joven

I.S.B.N.: 978-956-12-1180-7.
17ª edición: mayo de 2007.
Edición renovada y ampliada.

Obras Escogidas

I.S.B.N.: 978-956-12-1316-8.
18ª edición: mayo de 2007.
Edición renovada y ampliada.

© 1992 por Sucesión de Manuel Rojas Sepúlveda.
Inscripción N° 81.931. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Editado por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.

E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley.

Antonio Escobar Williams 590. Santiago.
Santiago de Chile.

EL HOMBRE DE LA ROSA



En el atardecer de un día de noviembre, hace ya algunos años, llegó a Osorno, en misión catequista, una partida de misioneros capuchinos.

Eran seis frailes barbudos, de complexión recia, rostros enérgicos y ademanes desenvueltos.

La vida errante que llevaban les había diferenciado profundamente de los individuos de las demás órdenes religiosas. En contacto continuo con la naturaleza brava de las regiones australes, hechos sus cuerpos a las largas marchas a través de las selvas, expuestos siempre a los ramalazos del viento y de la lluvia, estos seis frailes barbudos habían perdido ese aire de religiosidad inmóvil que tienen aquellos que viven confinados en el calorillo de los patios del convento.

Reunidos casualmente en Valdivia, llegados unos de las reducciones indígenas de Angol, otros de La Imperial, otros de Temuco, hicieron juntos el viaje hasta Osorno, ciudad en que realizarían una semana misionera y desde la cual se repartirían luego por los caminos de la selva, en cumplimiento de una misión evangelizadora.

Eran seis frailes de una pieza y con toda la barba.

Se destacaba entre ellos el padre Espinoza, veterano ya en las misiones del sur, hombre de unos cuarenta y cinco años, alto de estatura, vigoroso, con empaque de hombre de acción y aire de bondad y de finura.

Era uno de esos frailes que encantan a algunas mujeres y que gustan a todos los hombres.

Tenía una sobria cabeza de renegrido cabello, que de negro azuleaba a veces como el plumaje de los tordos. La cara de tez morena pálida, cubierta profusamente por la barba y el bigote capuchinos. La nariz, un poco ancha; la boca, fresca; los ojos, negros y brillantes. A través del hábito se adivinaba el cuerpo ágil y musculoso.

La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero. Y un poco de cada uno de ellos parecía tener en su apostura, y no le hubieran sentado mal la armadura del primero, la manta y el caballo fino de boca del segundo y el traje liviano y las armas rápidas del último. Pero, pareciendo y pudiendo ser cada uno de aquellos hombres, era otro muy distinto. Era un hombre sencillo, comprensivo, penetrante, con una fe ardiente y dinámica y un espíritu religioso entusiasta y acogedor, despojado de toda cosa frívola.

Quince años llevaba recorriendo la región araucana. Los indios que habían sido catequizados por el padre Espinoza adorábanlo. Sonreía al preguntar y al responder. Parecía estar siempre hablando con almas sencillas como la suya.

Tal era el padre Espinoza, fraile misionero, hombre de una pieza y con toda la barba.



Al día siguiente, anunciada ya la semana misionera, una heterogénea muchedumbre de catecúmenos llenó el primer patio del convento en que ella se realizaría.

Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros, se fueron amontonando allí lentamente, en busca y espera de la palabra evangelizadora de los misioneros. Pobrementemente vestidos, la mayor parte descalzos o calzados con groseras ojotas, algunos llevando nada más que camiseta y pantalón, sucias y destrozadas ambas prendas por el largo uso, rostros embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad.

Los misioneros estaban ya acostumbrados a su auditorio y no ignoraban que muchos de aquellos infelices venían, más que en busca de una verdad, en demanda de su generosidad, pues los religiosos, durante las misiones, acostumbraban repartir comida y ropa a los más hambrientos y desarrapados.

Todo el día trabajaron los capuchinos. Debajo de los árboles o en los rincones del patio se apilaban los hombres, contestando como podían o como se les enseñaba, las preguntas inocentes del catecismo:

—¿Dónde está Dios?

—En el cielo, en la tierra y en todo lugar —respondían a coro, con una monotonía desesperante.

El padre Espinoza, que era el que mejor dominaba la lengua indígena, catequizaba a los indios, tarea terrible, capaz de cansar a cualquier varón fuerte, pues el indio, además de representar grandes dificultades intelectuales, también las tiene en el lenguaje.

Pero todo fue marchando, y al cabo de tres días, terminado el aprendizaje de las nociones elementales de la doctrina cristiana, empezaron las confesiones. Con esto disminuyó considerablemente el grupo de catecúmenos, especialmente el de aquellos que ya habían conseguido ropas o alimentos; pero el número siguió siendo crecido.

A las nueve de la mañana, día de sol fuerte y cielo claro, empezó el desfile de los penitentes, desde el patio de los confesionarios, en hilera acompañada y silenciosa.

Despachada ya la mayor parte de los fieles, mediada la tarde, el padre Espinoza, en un momento de descanso, dio unas vueltas alrededor del patio. Y volvía ya hacia su puesto, cuando un hombre lo detuvo, diciéndole:

—Padre, yo quisiera confesarme con usted.

—¿Conmigo, especialmente? —preguntó el religioso.

—Sí, con usted.

—¿Y por qué?

—No sé; tal vez porque usted es el de más edad entre los misioneros, y quizá, por eso mismo, el más bondadoso.

El padre Espinoza sonrió:

—Bueno, hijo; si así lo deseas y así lo crees, que así sea. Vamos.

Hizo pasar adelante al hombre y él fue detrás, observándolo.

El padre Espinoza no se había fijado antes en él. Era un hombre alto, esbelto, nervioso en sus movimientos, moreno, de corta barba negra terminada en punta; los ojos negros y ardientes, la nariz fina, los labios delgados. Hablaba correctamente y sus ropas eran limpias. Llevaba ojotas, como los demás, pero sus pies desnudos aparecían cuidados.

Llegados al confesionario, el hombre se arrodilló ante el padre Espinoza y le dijo:

—Le he pedido que me confiese porque estoy seguro de que usted es un hombre de mucha sabiduría y de gran entendimiento. Yo no tengo grandes pecados; relativamente, soy un hombre de conciencia limpia. Pero tengo en mi corazón y en mi cabeza un secreto terrible, un peso enorme. Necesito que me ayude a deshacerme de él. Créame lo que yo voy a confiarle y, por favor se lo pido, no se ría de mí. Varias veces he querido confesarme con otros misioneros, pero apenas han oído mis primeras palabras me han rechazado como un loco y se han reído de mí. He sufrido mucho a causa de esto. Esta será la última tentativa que hago. Si me pasa lo mismo ahora, me convenceré de que no tengo salvación y me abandonaré a mi infierno.

El individuo aquel hablaba nerviosamente, pero con seguridad. Pocas veces el padre Espinoza había oído

hablar así a un hombre. La mayoría de los que confesaba en las misiones eran seres vulgares, groseros, sin relieve alguno, que solamente le comunicaban pecados generales, comunes, de grosería o de liviandad, sin interés espiritual. Contestó, poniéndose en el tono con que le hablaban:

—Dime lo que tengas necesidad de decir y yo haré todo lo posible por ayudarte. Confía en mí como en un hermano.

El hombre demoró algunos instantes en empezar su confesión; parecía temer confesar el gran secreto que decía tener en el corazón.

—Habla.

El hombre palideció y miró fijamente al padre Espinoza. En la oscuridad, sus ojos negros brillaban como los de un preso o como los de un loco. Por fin, bajando la cabeza, dijo entre dientes:

—Yo he practicado y conozco los secretos de la magia negra.

Al oír estas extraordinarias palabras, el padre Espinoza hizo un movimiento de sorpresa, mirando con curiosidad y temor al hombre; pero el hombre había levantado la cabeza y espiaba la cara del religioso, buscando en ella la impresión que sus palabras producirían. La sorpresa del misionero duró un brevísimo tiempo. Tranquilizóse en seguida. No era la primera vez que escuchaba palabras iguales o parecidas. En ese tiempo los llanos de Osorno y las islas chilotas estaban plagados de brujos, "machis" y hechiceros. Contestó:

—Hijo mío: no es raro que los sacerdotes que le han oído a usted lo que acaba de decir, lo hayan tomado por loco y rehusado oír más. Nuestra religión condena terminantemente tales creencias. Yo, como sacerdote, debo decirle que eso es grave pecado; pero, como hombre, le digo que eso es una estupidez y una mentira. No existe tal magia negra ni hay hombre que pueda hacer algo que esté fuera de las leyes de la naturaleza y de la voluntad divina. Muchos hombres me han confesado lo mismo, pero, emplazados para que pusieran en evidencia su ciencia oculta, resultaron impostores groseros e ignorantes. Solamente un desequilibrado o un tonto puede creer en semejante patraña.

El discurso era fuerte y hubiera bastado para que cualquier hombre de buena fe desistiera de sus propósitos; pero, con gran sorpresa del padre Espinoza, su discurso animó al hombre, que se puso de pie y exclamó con voz contenida:

—¡Yo sólo pido a usted me permita demostrarle lo que le confieso! Demostrándoselo, usted se convencerá y yo estaré salvado. Si yo le propusiera hacer una prueba, ¿aceptaría usted, padre? —preguntó el hombre.

—Sé que perdería mi tiempo, lamentablemente, pero aceptaría.

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Hijo mío, yo ignoro tus habilidades mágicas. Póngame tú.

El hombre guardó silencio un momento, reflexionando. Luego dijo:

—Pídame usted que le traiga algo que esté lejos, tan lejos que sea imposible ir allá y volver en el plazo de un día o dos. Yo se lo traeré en una hora, sin moverme de aquí.

Una gran sonrisa de incredulidad dilató la fresca boca del fraile Espinoza.

—Déjame pensarlo —respondió— y Dios me perdone el pecado y la tontería que cometo.

El religioso tardó mucho rato en encontrar lo que se le proponía. No era tarea fácil hallarlo. Primeramente, ubicó en Santiago la residencia de lo que iba a pedir y luego se dio a elegir. Muchas cosas acudieron a su recuerdo y a su imaginación, pero ninguna le serviría para el caso. Unas eran demasiado comunes, otras muy escondidas, y era necesario elegir una que, siendo casi única, fuera asequible. Recordó y recorrió su lejano convento; anduvo por sus patios, por sus celdas, por sus corredores y por su jardín; pero no encontró nada especial. Pasó después a recordar lugares que conocía en Santiago. ¿Qué pediría? Y cuando, ya cansado, iba a decidirse por cualquiera de los objetos entrevistos por sus recuerdos, brotó en su memoria, como una flor que era, fresca, pura, con un hermoso color rojo, una rosa del jardín de las monjas Claras.

Una vez, hacía poco tiempo, en un rincón de ese jardín vio un rosal que florecía en rosas de un color único. En ninguna parte había vuelto a ver rosas iguales o parecidas, y no era fácil que las hubiera en Osorno. Ade-

más, el hombre aseguraba que traería lo que él pidiera, sin moverse de allí. Tanto daba pedirle una cosa como otra. De todos modos no traería nada.

—Mira —dijo al fin—, en el jardín del convento de las monjas Claras de Santiago, plantado junto a la muralla que da hacia la Alameda, hay un rosal que da rosas de un color granate muy lindo. Es el único rosal de esa especie que hay allí... Una de esas rosas es lo que quiero que me traigas.

El supuesto hechicero no hizo objeción alguna ni por el sitio en que se hallaba la rosa ni por la distancia a que se encontraba. Preguntó únicamente:

—Encaramándose por la muralla, ¿es fácil tomarla?

—Muy fácil. Estiras el brazo y ya la tienes.

—Muy bien. Ahora, dígame: ¿hay en este convento una pieza que tenga una sola puerta?

—Hay muchas.

—Lléveme usted a alguna de ellas.

El padre Espinoza se levantó de su asiento. Sonreía. La aventura era ahora un juego extraño y divertido y, en cierto modo, le recordaba los de su infancia. Salió acompañado del hombre y lo guió hacia el segundo patio, en el cual estaban las celdas de los religiosos. Lo llevó a la que él ocupaba. Era una habitación de medianas proporciones, de sólidas paredes; tenía una ventana y una puerta. La ventana estaba asegurada con una gruesa reja de fierro forjado y la puerta tenía una cerradura muy firme. Allí había un lecho, una mesa grande, dos imágenes y un crucifijo, ropas y objetos.

—Entra.

Entró el hombre. Se movía con confianza y desentona; parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Te sirve esta pieza?

—Me sirve.

—Tú dirás lo que hay que hacer.

—En primer lugar, ¿qué hora es?

—Las tres y media.

El hombre meditó un instante, y dijo luego:

—Me ha pedido usted que le traiga una rosa del jardín de las monjas Claras de Santiago y yo se la voy a traer en el plazo de una hora. Para ello es necesario que yo me quede solo aquí y que usted se vaya, cerrando la puerta con llave y llevándose la llave. No vuelva hasta dentro de una hora justa. A las cuatro y media, cuando usted abra la puerta, yo le entregaré lo que me ha pedido.

El fraile Espinoza asintió en silencio, moviendo la cabeza. Empezaba a preocuparse. El juego iba tornándose interesante y misterioso, y la seguridad con que hablaba y obraba aquel hombre le comunicaba a él cierta intimidación respetuosa.

Antes de salir, dio una mirada detenida por toda la pieza. Cerrando con llave la puerta, era difícil salir de allí. Y aunque aquel hombre lograra salir, ¿qué conseguiría con ello? No se puede hacer, artificialmente, una rosa cuyo color y forma no se han visto nunca. Y, por otra parte, él rondaría toda esa hora por los alrededores de su celda. Cualquier superchería era imposible.

El hombre, de pie ante la puerta, sonriendo, esperaba que el religioso se retirara.

Salió el padre Espinoza, echó llave a la puerta, se aseguró de que quedaba bien cerrada y guardándose la llave en sus bolsillos echó a andar tranquilamente.

Dio una vuelta alrededor del patio, y otra y otra. Empezaron a transcurrir lentamente los minutos, muy lentamente; nunca habían transcurrido tan lentos los sesenta minutos de una hora. Al principio, el padre Espinoza estaba tranquilo. No sucedería nada. Pasado el tiempo que el hombre fijara como plazo, él abriría la puerta y lo encontraría tal como lo dejara. No tendría en sus manos ni la rosa pedida ni nada que se le pareciera. Pretendería disculparse con algún pretexto fútil, y él, entonces, le largaría un breve discurso, y el asunto terminaría ahí. Estaba seguro. Pero, mientras paseaba, se le ocurrió preguntarse:

—¿Qué estará haciendo?

La pregunta lo sobresaltó. Algo estaría haciendo el hombre, algo intentaría. Pero, ¿qué? La inquietud aumentó. ¿Y si el hombre lo hubiera engañado y fueran otras sus intenciones? Interrumpió su paseo y durante un momento procuró sacar algo en limpio, recordando al hombre y sus palabras. ¿Si se tratara de un loco? Los ojos ardientes y brillantes de aquel hombre, su desenfado un sí es no es inconsciente, sus propósitos...

Atravesó lentamente el patio y paseó a lo largo del corredor en que estaba su celda. Pasó varias veces delante de aquella puerta cerrada. ¿Qué estaría haciendo

el hombre? En una de sus pasadas se detuvo ante la puerta. No se oía nada ni voces ni pasos ningún ruido. Se acercó a la puerta y pegó su oído a la cerradura. El mismo silencio. Prosiguió sus paseos, pero a poco su inquietud y su sobresalto aumentaban. Sus paseos se fueron acortando y, al final, apenas llegaban a cinco o seis pasos de distancia de la puerta. Por fin, se inmovilizó ante ella. Se sentía incapaz de alejarse de allí. Era necesario que esa tensión nerviosa terminara pronto. Si el hombre no hablaba ni se quejaba ni andaba era señal de que no hacía nada y no haciendo nada, nada conseguiría. Se decidió a abrir antes de la hora estipulada. Sorprendería al hombre y su triunfo sería completo. Miró su reloj: faltaban aún veinticinco minutos para las cuatro y media. Antes de abrir pegó nuevamente su oído a la cerradura: ni un rumor. Buscó la llave en sus bolsillos y colocándola en la cerradura la hizo girar sin ruido. La puerta se abrió, silenciosamente.

Miró el fraile hacia adentro y vio que el hombre no estaba sentado ni estaba de pie: estaba extendido sobre la mesa, con los pies hacia la puerta, inmóvil.

Esa actitud inesperada lo sorprendió. ¿Qué haría el hombre en aquella posición? Avanzó un paso, mirando con curiosidad y temor el cuerpo extendido sobre la mesa. Ni un movimiento. Seguramente su presencia no habría sido advertida; tal vez el hombre dormía; quizá estaba muerto... Avanzó otro paso y entonces vio algo que lo dejó tan inmóvil como aquel cuerpo. El hombre no tenía cabeza.



Pálido, sintiéndose invadido por la angustia, lleno de un sudor helado todo el cuerpo, el padre Espinoza miraba, miraba sin comprender. Hizo un esfuerzo y avanzó hasta colocarse frente a la parte superior del cuerpo del individuo. Miró hacia el suelo, buscando en él la desaparecida cabeza, pero en el suelo no había nada ni siquiera una mancha de sangre. Se acercó al cercenado cuello. Estaba cortado sin esfuerzo, sin desgarraduras, finamente. Se veían las arterias y los músculos, palpitantes, rojos; los huesos blancos, limpios; la sangre bullía allí, caliente y roja, sin derramarse, retenida por una fuerza desconocida.

El padre Espinoza se irguió. Dio una rápida ojeada a su alrededor, buscando un rastro, un indicio, algo que le dejara adivinar lo que había sucedido. Pero, la habitación estaba como él la había dejado al salir; todo en el mismo orden, nada revuelto y nada manchado de sangre.

Miró su reloj. Faltaban solamente diez minutos para las cuatro y media. Era necesario salir. Pero, antes de hacerlo, juzgó que era indispensable dejar allí un testimonio de su estada. Pero, ¿qué? Tuvo una idea; buscó entre sus ropas y sacó de entre ellas un alfiler grande, de cabeza negra, y al pasar junto al cuerpo, para dirigirse hacia la puerta, lo hundió íntegro en la planta de uno de los pies del hombre.

Luego cerró la puerta con llave y se alejó.

Durante los diez minutos siguientes el religioso se paseó nerviosamente a lo largo del corredor, intranquilo, sobresaltado; no quería dar cuenta a nadie de lo

sucedido; esperaba los diez minutos y, transcurridos éstos, entraría de nuevo a la celda y si el hombre permanecía en el mismo estado comunicaría a los demás religiosos lo sucedido.

¿Estaría él soñando o se encontraría bajo el influjo de una alucinación o de una poderosa sugestión? No; no lo estaba. Lo que había acontecido hasta ese momento era sencillo: un hombre se había suicidado de una manera misteriosa... Sí, ¿pero dónde estaba su cabeza? Esta pregunta lo desconcertó. ¿Y por qué no había manchas de sangre? Prefirió no pensar más en ello; después se aclararía todo.

Las cuatro y media. Esperó aún cinco minutos más. Quería darle tiempo al hombre. ¿Pero tiempo para qué, si estaba muerto? No lo sabía bien, pero en esos momentos casi deseaba que aquel hombre le demostrara su poder mágico. De otra manera, sería tan estúpido, tan triste todo lo que había pasado...



Cuando el fraile Espinoza abrió la puerta, el hombre no estaba ya extendido sobre la mesa, decapitado, como estaba quince minutos antes. Parado frente a él, tranquilo, con una fina sonrisa en los labios, le tendía, abierta, la morena mano derecha. En la palma de ella, como una pequeña y suave llama, había una fresca rosa: la rosa del jardín de las monjas Claras.

—¿Es esta la rosa que usted me pidió?

El padre Espinoza no contestó; miraba al hombre. Éste estaba un poco pálido y demacrado. Alrededor de su cuello se veía una línea roja, como una cicatriz reciente.

“Sin duda el Señor quiere hoy jugar con su siervo”, pensó.

Estiró la mano y cogió la rosa. Era una de las muchas que él viera florecer en el pequeño jardín del convento santiaguino. El mismo color, la misma forma, el mismo perfume.

Salieron de la celda, silenciosos, el hombre y el religioso. Éste llevaba la rosa apretada en la mano y sentía en la piel la frescura de los pétalos rojos. Estaba recién cortada. Para el fraile habían terminado los pensamientos, las dudas y la angustia. Sólo una gran impresión lo dominaba, y un sentimiento de confusión y de desaliento inundaba su corazón.

De pronto advirtió que el hombre cojeaba.

—¿Por qué cojeas? —le preguntó.

—La rosa estaba apartada de la muralla. Para tomarla, tuve que afirmar un pie en el rosal y, al hacerlo, una espina me hirió el talón.

El fraile Espinoza lanzó una exclamación de triunfo:

—¡Ah! ¡Todo es una ilusión! Tú no has ido al jardín de las monjas Claras ni te has pinchado el pie con una espina. Esc dolor que sientes es el producido por un alfiler que yo te clavé en el pie. Levántalo.

El hombre levantó el pie, y el sacerdote, tomando

de la cabeza el alfiler, se lo sacó: —¿No ves? No hay ni espina ni rosal. ¡Todo ha sido una ilusión!

Pero el hombre contestó:

—Y la rosa que lleva usted en la mano, ¿también es ilusión?



Tres días después, terminada la semana misionera, los frailes capuchinos abandonaron Osorno. Seguían su ruta a través de las selvas. Se separaron, abrazándose y besándose. Cada uno tomó por su camino.

El padre Espinoza volvería hacia Valdivia. Pero ya no iba solo. A su lado, montado en un caballo oscuro, silencioso y pálido, iba un hombre alto, nervioso, de ojos negros y brillantes.

Era el hombre de la rosa.

EL LEÓN Y EL HOMBRE



En lo más alto de una montaña y en un chiflón que un minero abrió al seguir una veta que se agotó pronto, vivían el León viejo y su hijo.

Para el primero habían terminado ya los días de la juventud, aquellos lejanos y alegres días en que sus patas, elásticas y firmes, recorrían los confusos senderos de los bosquecillos cordilleranos, deslizándose silenciosamente entre los quillayes y los litres, como una inquietante mancha amarilla que en el otoño se confundía con el color del paisaje.

Estaba ahora viejo y achacoso, respetable de vejez y de achaques.

Para el segundo, en cambio, empezaban aquellos alegres días.

En su mocedad, aquel León viejo fue el terror de los caseríos y fundos comarcanos. Vivía, entonces, a su lado la compañera de sus días, una Leona de ancho pecho y pesadas patas, de piel nerviosa y brillante, ágil en el salto y veloz en la carrera. ¡Cuántas noches de aventuras con ella y cuántas de amor en la soledad de las montañas! Salían de la guarida al atardecer, cuando el águila, inmóvil en el aire, a gran altura, recogía en

sus ojos y en sus alas las últimas luces del sol; bajaban hacia el valle por atajos conocidos por ellos y al anochecer marchaban ya sobre las primeras vegas cordilleranas. Saltaban sin esfuerzo las pircas de piedras y ramas de espino y sorprendían a los animales perdidos o atrasados, sembrando la muerte y el terror entre los pacíficos piños de engorda. Toda la noche, dueños de la soledad y del silencio, sus pasos suaves recorrían el campo y sólo regresaban al cubil, marchando pesadamente, cuando la noche empezaba a palidecer en las cimas de los cerros y las claras estrellas se diluían en una claridad mayor.

Así transcurrieron los hermosos tiempos de la juventud, que el viejo León, ahora medio ciego y casi inválido, recordaba todos los días a la hora en que la noche echa a rodar su río silencioso sobre el mundo.

Y aquello fue así durante un tiempo, durante años, hasta que un día el Hombre que vivía allí abajo, al pie de los cerros y en el nacimiento del valle, se aburría. Era pobre, su chacra era pequeña, escaso su ganado, muchas veces ajeno —recibido para engorda—, y las paterias del León causaban gran estrago en su modesta hacienda. Era preciso terminar con ellas...

Y una tarde limpió y engrasó cuidadosamente su carabina, llamó y reunió junto a sí a todos los perros del contorno, buscó el rastro del depredador y, acompañado de otros hombres, esperó en la entrada del valle a los nocturnos visitantes. Como era inteligente, preparó una celada. Una vaca vieja e inútil, amarrada a una

estaca, fue el cebo. En la noche la Leona cayó sobre ella como una masa tibia y elástica que emergiera de la sombra y la vieja vaca se derrumbó sin un gemido. Pero en ese mismo instante diez disparos de carabina atronaron el aire y veinte perros salieron corriendo tras las diez balas.

Alcanzada por varios proyectiles, quedó tendida junto a la vaca, manchada de rojo su piel azafranada, y el León, lleno de coraje, excitado por los ladridos y los disparos, se lanzó sobre los perros, aplastándolos con las poderosas patas y abriéndolos como sandías con las afiladas garras. Pero las carabinas gritaron de nuevo y otras diez balas buscaron en la sombra el cuerpo del León.

Exasperada por el dolor de un tiro recibido, desorientada, la fiera saltó, cayendo entre los hombres escondidos detrás de una pirca; hirió a uno y a otro y luego huyó, desapareciendo en la oscuridad.

Volvió a los pocos días, cuando el Hombre, confiado de nuevo, dormía. Mató sin ruido a los perros que encontraron a su paso y sin ser sentido llegó junto al rancho del Hombre. Al dar vueltas alrededor de él, tal vez buscando una entrada, encontró, estacada en la pared que daba hacia el oriente, la piel de la compañera de sus días. Furioso, la rasgó de cabeza a cola con un arañazo brutal, que hizo oscilar la delgada pared y despertó al Hombre.

Extrañado del ruido, el Hombre se sentó en la cama y escuchó. ¿Qué podía ser aquello? Oyó un jadeo pro-

fundo y agitado que no podía ser producido por un ser humano y se levantó a mirar por el ventanuco de su rancho. Junto a la piel rasgada de la Leona, el León, lamiéndose las garras, parecía aguardar a alguien. Tremulo de alegría, el Hombre buscó a tientas su carabina; pero, tan anhelante estaba que no pudo hallarla ni recordar el lugar donde la había dejado. Lo único que encontró fue una vieja escopeta que utilizaba para cazar perdices y conejos y que por fortuna estaba cargada.

Un instante después el León recibió en la lustrada piel del flanco una perdigonada estruendosa que lo hizo huir lamentablemente.

Pero volvió de nuevo. Quería disputarle al Hombre palmo a palmo su dominio. Esa vez lo cercaron los perros contra un matorral y sólo pudo salvarse a costa de la muerte de cuatro de ellos.

En la última excursión que efectuó, los perros, que también veían en él a un enemigo, lo descubrieron desde lejos, olfateándolo, y se avisaron entre sí ladrándose de rancho en rancho, despertando con ello la curiosidad y la sospecha del Hombre, que acudió a los ladridos armado de su temible carabina.

Acosado por los perros y sintiendo silbar cerca de su oreja las calientes y redondas balas, el León fue arrojado hasta el nacimiento del valle, donde el Hombre, después de dispararle un último balazo que tronchó junto a la fiera un gracioso tallo de huille florido, le gritó, amenazándolo con el puño:

—¡Hijo de una grandísima! ¡No vuelvas más por aquí!

Y el León no volvió más. El Hombre no era ni más valiente ni más fuerte que él; pero era, en cambio, más inteligente y tenía perros y armas y sabía tender lazos en los caminos del bosque. El León había visto conejos y zorros apresados en ellos. Además, el Hombre defendía su trabajo y cuidaba su prosperidad, ambicionando que todo estuviera bajo su dominio inmediato.

El León abandonó la partida y subió a su montaña. Tenía un hijo pequeño, que le dejara su vieja compañera, y a él dedicó el resto de sus días.

Y de este modo la ley del Hombre, afirmada por la carabina y los perros, imperó sin contrapeso desde donde nace el valle hasta donde muere el río, y más allá aun.



Una mañana de principios de primavera, el viejo León, echado a la entrada del chifón que le servía de cueva, tomaba el sol, dormitando. El aire era fresco y el sol tibio. Un poco más allá, en la orilla de una pequeña planicie, desde donde se dominaba una parte del río, que por allí corría entre altas gargantas antes de echarse al valle, estaba el León joven. Era un magnífico cachorro, robusto y ágil, consciente y orgulloso de su robustez y agilidad. Había entrado ya en la pubertad y su cuerpo era apretado de músculos y de nervios; las patas eran ya anchas y vigorosas y los colmillos agudos

y fuertes. Todo él pedía aventuras, carreras, saltos, peleas, violencias. Los instintos de los animales de presa bullían en las venas. Criado entre rocas y árboles, en la soledad y en el silencio de las montañas, sus sentidos eran finos y precisos. Sus orejas percibían los menores ruidos y su olfato recogía todas las variaciones del olor; sus dorados ojos advertían desde lejos los más pequeños movimientos y su piel azafranada, eléctrica de sensibilidad, expresaba, en escalofríos que terminaban en la punta de las redondas y cortas orejas, las impresiones que los sentidos le transmitían.

El padre lo había educado como a un verdadero León, haciéndolo fuerte y astuto, valiente, alerta, enseñándole todo lo que un León debe saber para subsistir en medio de la vida salvaje de las montañas; los modos de cazar y los modos de pelear; los modos de huir y los modos de atacar, y, sobre todo, infundió en él el sentido de su superioridad sobre los otros animales. Así como el Cóndor es el rey del aire, el León es el rey de la tierra. Pero toda aquella sabiduría estaba aún en reposo, inédita. El León viejo no le permitía alejarse de su lado y la impetuosidad del cachorro se estrellaba y doblaba ante la prudencia del padre.

Y es que había un secreto que el León viejo no revelaba todavía a su hijo y ese secreto era el que lo obligaba a impedir su alejamiento.

Aquella mañana, echado al sol sobre el vientre, con la cabeza levantada y los sentidos en tensión, el León oteaba la lejanía. Miraba el río, los bosques colgados

de las faldas amplias de las montañas, las vertientes que salían de los macizos de los árboles, brillando entre ellos como pequeñas culebras plateadas; advertía las locas carreras de los conejos por entre los litres y los arrayanes y los vuelos cortos y repentinos de las perdices; oía el canto largo y apasionado de la tenca y el silbido displicente del zorzal gaucho. El cielo estaba de un azul radiante y el aire, alto y puro, llenaba hasta los bordes el cuenco del espacio.

¿Cuándo podría él echarse a andar?

Se levantó despezándose y miró a su padre. Si alguna vez hubo en el mundo un hijo respetuoso con su padre, ése fue el León joven. Y no sólo le infundía respeto, sino también admiración. Admiraba en él su aire de adustez y de tranquila fiereza, su expresión de fuerza en sosiego, su sabiduría de la vida. Anduvo unos pasos y se detuvo ante él. El León viejo abrió un ojo y lo miró. Aunque sus pupilas estaban ya nubladas por la vejez, conservaban todavía un recuerdo de la fijeza y penetración de antaño.

—¿Qué quieres, hijo? —preguntó.

—Estaba pensando, padre —contestó el cachorro—, si habrá en todo el mundo alguien más guapo que su merced. (Así trataban antes los hijos a los padres.)

El León viejo inclinó la cabeza. El momento de la revelación, durante tanto tiempo postergado, llegaba al fin. Después de un instante, contestó:

—Sí, hijo.

Esta respuesta llenó de sorpresa al León joven. Su

padre, hasta ese momento, le había enseñado que los animales de su raza eran los más guapos de la tierra.

—¿Cómo puede ser eso, padre —preguntó—, cuando yo, que soy su hijo, no le tengo miedo a nadie ni más respeto que a su merced?

A pesar del orgullo que esta pregunta produjo en él, contestó el veterano:

—No te engañes, hijo. Hay en el mundo un animal muy bravo que se la gana a todos; si no por bien, por mal se han de dar. Por eso es que yo, que era el rey del mundo, me he tenido que enriscar entre estos cerros, por no darme.

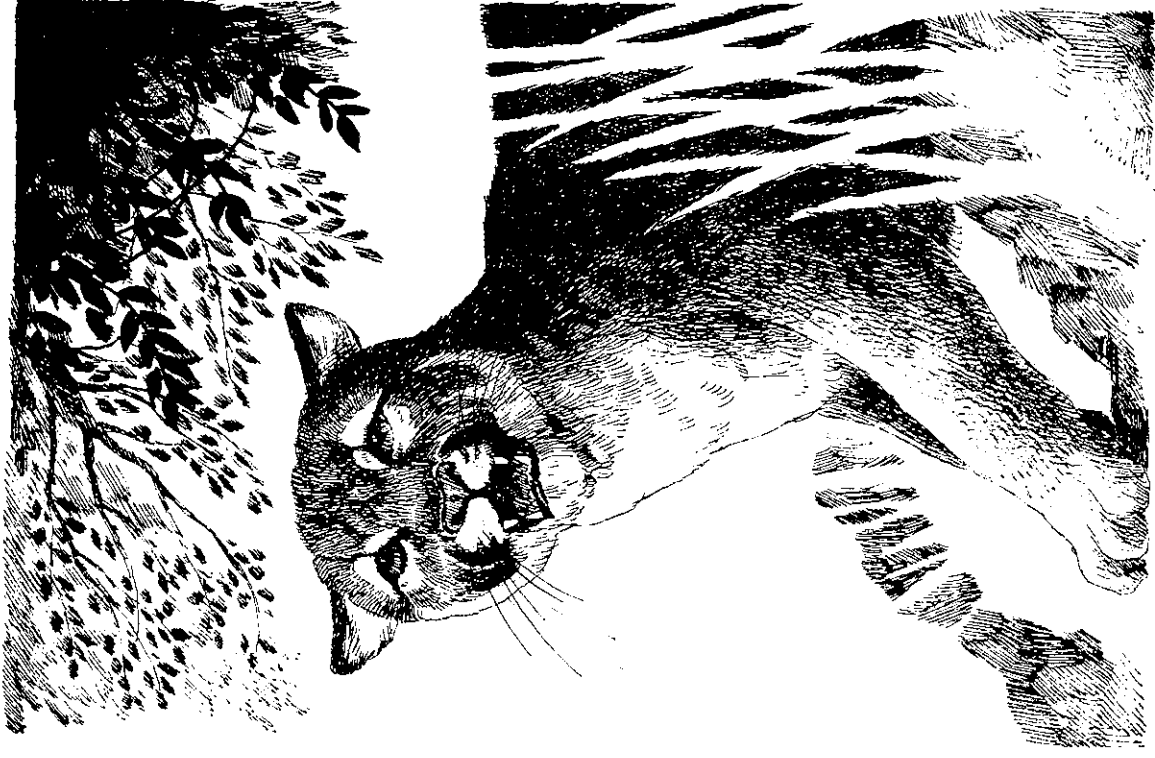
—¡Bah! —repuso, jactanciosamente, el León joven—. Con su permiso, padre, écheme su bendición, y yo iré a pelear con ese animal para quitarle el mundo. ¡Qué tanto será lo guapo! Después de su merced, ¿qué animal será tan grande que yo no me le anime?

El León viejo contestó:

—No es tan grande, hijo, pero es más ardiloso que todo, y se llama el Hombre. No te daré nunca permiso, mientras viva, para que vayas a pelear con él.

Insistió el León joven, pero el viejo se mantuvo inflexible. Mientras él viviera no le consentiría alejarse de su lado y mucho menos para ir a pelear con el Hombre. Y quisieras que no, el cachorro tuvo que quedarse refunfuñando y afilándose las uñas.

Pero el León viejo estaba muy enfermo y a los dos días murió. Poco antes contó a su hijo la historia de su madre.



Esto avivó en el León joven el deseo de ir a medir sus fuerzas con aquel animal extraordinario, de cuya figura y de cuya inteligencia, a pesar de los relatos de su padre, no tenía la menor idea.

Después de llorarlo fue a buscar unas ramas y lo tapó, cuidadosamente, velándolo durante todo ese día y su noche, y al día siguiente, apenas amaneció, dijo:

—Ahora sí que no me quedo sin pelear con el Hombre.
Y salió cordillera abajo, a buscarlo.



El día era espléndido, fresco. El viento corría bajo, entre los cajones del río, haciendo oscilar los pesados robles. El agua reverberaba al sol. Los bosques estaban llenos de cantos y de murmullos. Los insectos y los pájaros se cernían ingrátidos en el aire seco, dorados de sol. La gran araña peluda ascendía desde el fondo de su agujero tapizado y salía a la luz, mostrando sus largas patas rojizas y su vientre de cobre. Grandes bandadas de tórtolas cordilleranas se levantaban y se abatían entre los pajonales. Conejos, vizcachas, zorros, perdices, quirquinchos, pululaban sobre la tierra, deslizándose entre los arbustos. Era la población menuda pero densa de la montaña, que salía a tomar el sol. Más allá, en las orillas de las vertientes, enormes helechos empapados de agua mostraban sus cabezotas verdes. Todo parecía incitar a la aventura, a

la marcha errante y sin sentido a través del mundo.

El León llegó rápidamente a la orilla del río. Durante su marcha tuvo ocasión de observar el respeto y el temor que su presencia despertaba en los demás animales. Al verlo, el conejo amarillento o gris paraba, desmesuradamente, las orejas y dando un golpe seco con las patas traseras, como tomando impulso, huía a perderse en los matorrales; la zorra dejaba escapar un gruñido de terror y arrastrando su cola amarilla, erizada de miedo, desaparecía entre los intersticios de las rocas; la perdiz lanzaba un silbido de espanto y horadaba los aires como una piedra; el quirquincho se recogía y ovillaba, rodando cerro abajo como un pedrusco, y los pájaros, las tórtolas, los zorzales, las tencas, las lloicas con sus mantas bermejas y las codornices con sus gorros de tres plumas, se levantaban en el aire como impelidas por un viento poderoso. Viendo aquello pensó, orgullosamente:

“Después de mi padre, ¿qué animal habrá en el mundo más guapo que yo? ¡Ninguno!”

Tomó hacia abajo por la orilla del río, saltando de peñasco en peñasco, dando vuelta los matorrales, ya corriendo, ya trotando, sintiendo que sus músculos y sus nervios le respondían maravillosamente al ser requeridos. Se sentía lleno de fuerza y de confianza.

Pero poco a poco la garganta se fue ensanchando y de pronto se abrió, apareciendo ante los ojos del León un espectáculo que lo hizo detenerse estupefacto. Allí las montañas se dividían en dos filas, tomando una

hacia allá y otra hacia acá, distanciándose una de otra hasta perderse de vista. La tierra se aplanaba y cambiaba de color, desaparecían los peñascos, todo era blanco y suave y el río seguía corriendo en medio de aquella tierra plana, dividiéndola en dos.

Aquello era el valle, la misteriosa región donde empezaba el dominio del Hombre, el animal más bravo del mundo, según dijera el León viejo a su hijo.

El León vio a lo lejos las casas del Hombre, sus chacras y potreros, las divisiones que separaban unos campos de otros, y los piños de animales. Pero él no sabía qué era aquello. La ignorancia en que había vivido hasta ese momento impedíale especificar y diferenciar lo que veía. Por lo demás, su único deseo era encontrar al Hombre y medir sus fuerzas vírgenes con él.

“¿Adónde andará ese guapo? —se preguntó—. Vamos a buscarlo.”

Y siguió andando hasta entrar en el dominio del Hombre. Le extrañaban el cambio del paisaje y la diferencia que notaba entre su abrupta montaña nativa y esta tierra amplia y lisa, donde todo parecía estar bajo el cuidado de una mano poderosa. Le extrañaba también la ausencia de los animales que vivían en la montaña. Ni una perdiz ni un zorro ni un conejo. Únicamente los pájaros y los insectos continuaban allí su vida de siempre.

Ya estaba pensando que en esa tierra no habitaba animal alguno, cuando vio, en una pequeña vega junto al río, un Caballo muy flaco. Se detuvo y lo observó.

—¡Bah! —dijo después—. Ése no me aguanta nada.

Avanzó con el vientre pegado a la tierra y cuando estuvo cerca del Caballo, que pacía tranquilo y des preocupado, se irguió repentinamente y gritó:

—¿Tú eres el Hombre?

Al oír esa voz gruesa y desacostumbrada, el Caballo dio un respingo, asustado. Aunque hacía años que no veía a un León, recordaba perfectamente qué clase de compadre era, y contestó con rapidez:

—Yo no soy el Hombre, señor.

—¿Quién es el Hombre, entonces?

El Caballo, al ver que el León no pretendía nada contra él, contestó, cachazudo y dolido:

—El Hombre, señor, está más abajo y es un animal muy malo y muy guapo. A mí me tiene bien dado, y porque no me le quería dar me metió unos fierros en la boca, me amarró con unos correones, y con otros fierros clavadores que se puso en los talones se me subió encima y me agarró a pencazos y puyazos por las costillas, hasta que tuve que hacer su voluntad y llevarlo para donde se le antojaba y después me mandó a estos rincones, en donde casi me muerdo de hambre.

—¿Para qué eres leso? —dijo despectivamente el León—. Yo voy a buscar al Hombre a ver si es capaz de pelear conmigo.

Siguió andando y poco más allá, detrás de una pirca, vio el lomo de un Buey, con sus cuernos.

“Ese es el Hombre —pensó—. ¡Y qué grandes son las uñas que tiene!... Pero las tiene en la cabeza, mientras que yo las tengo en las manos. A ver si es el Hombre.”

De un salto se encaramó sobre la pirca.

—¿Tú eres el Hombre? —gritó al Buey.

El Buey se puso a temblar, más muerto que vivo, y sacando la voz como pudo contestó:

—Yo no soy el Hombre, señorcito. El Hombre vive más abajo.

Pero el León no le creyó.

—Me quieres engañar diciendo que no eres tú porque estás tiritando de cobardía. ¿Te animas a pelear conmigo? ¿Para qué es ese cuerpo tan grande y esos armamentos que tienes en la cabeza sino para ganársela a los que no son guapos como yo? ¡Ponle al tiro si quieres!

Y el Buey, viendo que no podía huir del León ni hacerle frente, respondió, casi llorando de miedo:

—¡No, señorcito, por Dios! Si yo no soy peleador ni guapo. Ya ve que el Hombre me tiene bien amarrado y que cuando yo estaba toruno y me le quise sublevar me echó unos lazos, me tiró al suelo y me marcó el pellejo con un hierro candente que todavía me escuece. ¿No ve, su señoría, aquí, en las ancas?... Y me hizo otras cosas, bien peores, que me dan vergüenza... Después me puso yugo y a picanazos me hizo tirar la carreta. Y aquí estoy, señor, padeciendo hasta que al Hombre se le ocurra matarme para comermé.

El León, al terminar el Buey sus quejas, le dirigió una mirada de profundo desprecio:

—¡Tan grande y tan... vilote! No sirves para nada. Me voy.

Y siguió valle abajo, en busca del Hombre, pensando:

“Todos son aquí unos cobardes y ninguno es capaz de enfacharse conmigo.”

Ya veía las chacras y al dar vuelta un bosquecillo vio un humo y después el rancho de una posesión de inquilinos. Se acercó a los cercos, sin hacer ruido. El perro del inquilino, que estaba echado a la sombra de un peral, lo olfateó y salió a ladrarle. El León se sentó a esperarlo y pensó:

“Este sí que ha de ser el Hombre. Bien me decía mi padre que no era tan grande. ¡Pero a mí no me la gana este chicoco! Es pura alharaca la que trae y no se viene al cuerpo.”

El Perro, que por instinto sabía lo que era un León, le ladraba desde lejos.

—¡A ver, Hombre, cállate un poco! —le gritó el León.

El Perro contestó, arrogante:

—Yo no soy el Hombre, pero mi amo sí es el Hombre.

—Así me está pareciendo, porque lo que eres tú no me aguantas ni la primera trenzada. Anda a decirle a tu amo que vengo a desafiarlo, a ver si es cierto que él es el más guapo del mundo, como dicen.

Fue el Perro para la posesión y poco después volvió acompañado del Hombre, que traía al brazo una escopeta y fumaba, apacible, un cigarro de hoja.

“¡Bah! —se dijo el León, al verlo—. ¡Qué raro es el Hombre! No anda con la cabeza agachada, como todos nosotros... ¡Y echa humito! ¿Cómo comerá? Anda echado para atrás. ¡Bah! Yo también me siento en las

patas para pelear con las manos libres. ¿Qué gran ventaja me llevará?”

Poco a poco el Hombre acercóse al León. Era un labrador delgado, de bigotes, pálido, de aire tranquilo y reposado, vestido con liviana ropa campesina y calzado con ojotas. Nada había en él de temible ni de feroz y la fiera no habría necesitado gran esfuerzo para acabar con él. El León estaba sorprendido y miraba, fijamente, al Hombre, quien a su vez miraba al León.

Estaban frente a frente el rey de la montaña y el rey del valle.

—¿Tú eres el Hombre? —interrogó el León.

—Yo soy el Hombre —contestó el labrador, tranquilamente.

—A pelear contigo vengo para saber cuál es el más guapo del mundo.

—Bueno —dijo sonriendo el Hombre—. Pero para que yo pelee contigo tienes que sacarme rabia. Rétame tú primero y después te contesto yo.

Y ante la admiración del Perro, que contemplaba turulato la escena, el León empezó a insultar al Hombre:

—¡Asesino, que mataste a mi madre! ¡Ladrón, que le robaste el mundo a mi padre! ¡Abusador, que abusas con los que no son capaces de pelear contigo! ¡Cobarde, que te vales de trampas para pelear! ¡Salteador! ¡Bandido!... Ya está, ya te insulté. Ahora, si eres capaz, pelea conmigo.

—Bueno —dijo el Hombre—. Ahora me toca a mí.

Y aquel Hombre, delgado, de aspecto tranquilo, que

de no tener una escopeta en las manos habría huido al ver al León, se echó el arma a la cara y le apuntó diciendo:

—Allá va una mala palabra.

Y le disparó un escopetazo y le quebró una pata.

—¡Ay, ay, ay, aycito! —clamó el León—. ¡Señorcito Hombre, por favor, no peleo más con usted!

Y más asustado y maravillado que dolido, el León huyó cordillera adentro, seguido de los ladridos envalentonados del Perro.

Cuando llegó al nacimiento del valle, antes de internarse para siempre entre sus montañas, miró hacia el dominio del Hombre y se dijo:

“¡Bien me decía mi finado taita que no viniera a pelear con el Hombre! Si con una palabra no más me quebró una pata, ¿qué habría pasado si se me viene al cuerpo?”

PANCHO ROJAS



(PARA ENRIQUE ESPINOZA)

BIBLIOTECA
DE SANTIAGO
DIRECCION DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS Y MUSEOS

No podría decir a qué hora murió *Pancho Rojas*. Sospecho que murió al amanecer, instante que me parece el más angustioso para morir: irse cuando nace el nuevo día, un nuevo día que uno no vivirá, debe ser más duro que irse en la tarde, cuando se espera el sueño y cuando sueño y muerte se confunden.

Y no es por crueldad que me inclino a creer que murió al venir el día: la violenta posición de su cuerpo, que parecía hundido en la tierra, así me lo hizo suponer.

No murió apaciblemente.

Al encontrarlo, boca abajo, sobre el pasto lleno todavía de rocío, y levantar su cabeza para mirarlo, tuve un estremecimiento: la cara estaba cubierta de pequeñas hormigas rojas, algunas de ellas amontonadas sobre los cerrados párpados, trabajando tal vez para atravesarlos y llegar a las pupilas.

Solté la cabeza, que cayó de nuevo sobre el pasto, y me enderecé. Estábamos solos, en aquel rincón, el muerto y yo. Era un día de otoño, de un otoño seco y brillante. Los primeros picaflores llegaban ya desde el sur y se les veía bailar ante los caquis maduros, hundiendo el agudo pico en la amarillenta corteza.

No sentí tristeza, sino más bien lástima o piedad: algo hondo, de todos modos. *Pancho Rojas*, sin ser de la familia, era considerado como uno de sus miembros. Llegaba dos años viviendo en la casa, y aunque entre él y nosotros existía sólo una relación física, que es la única que suele existir entre muchos seres, esa relación era, felizmente, simpática, por lo menos para mí y para los míos. Pertenecíamos, por lo demás, a mundos diferentes, y esa diferencia impedía cualquier otra aproximación.

No sabía nada de su vida anterior. ¿Dónde había nacido? ¿En qué lugares vivió sus primeros días? Nunca lo supe. Suponía, sí, que era oriundo de algún lugar de la costa central de Chile y que sus primeros días los había vivido sobre las lomas o en las quebradas, en los pantanos o en las vegas de esa región, quizá cerca de alguna laguna, como la de Cahuil, por ejemplo, o como la de Boyeruca, o en los valles que cortan por allí la cordillera de la costa.

Al mirarlo y ver su fina estampa, su cuerpo esbelto, su andar elegante, su vestimenta impecable, sentía una gran ternura: me recordaba pasados y hermosos días, mañanas de sol y viento, amaneceres con húmedas neblinas, espacio, tranquilidad, rumores, soledad, y me parecía ver, entre todo ello, a hombres que algo tenían que ver con él, de tez morena y ojos claros, sencillos y callados, que llevaban apellidos de la tierra, pero que tanto podían parecer mapuches o changos como vascos o andaluces. Me recordaba también el canto y el vuelo de los pájaros, el grito sorpresivo y el vuelo brusco de

la perdz de mar, el quejumbroso lamento del pilpil, el vuelo rasante, sobre el agua tranquila de las lagunas, del rayador, el caminar urgente del pollito de mar. Sí. Me recordaba todo aquello formaba parte, aun desde lejos, de todo aquello, que existía siempre, pero de lo cual él y yo nos encontrábamos separados y parte de lo cual estaba perdido para él y para mí.

Hice lo imposible por llegar a tener con él más estrechas relaciones. Nunca lo logré. Algo, muy importante, que yo no podía traspasar ni derribar, nos separaba. Cada vez que intenté acercarme a él, fracasé. Se apartaba, y desde lejos, mirándome de lado, parecía decirme: “¿Por qué pretendes convertirme en algo tuyo? Déjame ser como soy. No quiero llegar a ser como uno de tus hijos, como tu mujer o como uno de tus zapatos, algo doméstico y manoseado. Si represento para ti la imagen de una vida libre y salvaje, déjame ser salvaje y libre, aunque dependa de ti para subsistir y aunque a veces tengas que cortarme las alas para impedirme regresar a mi mundo”.

Su ojo rojo me miraba, en tanto, recogida una de sus largas patas, permanecía inmóvil sobre el pasto.

Yo callaba. ¿Qué podía decirle? Callaba, sintiendo en el corazón el dolor de su reproche. Era cierto: cada dos o tres meses el jardinero lo tomaba, no sin que tuviese que correr tras él durante un largo rato, y le des-puntaba las alas, soltándolo después. Era una crueldad, pero no quería perderlo. Me gustaba mirarlo y lo miraba durante horas enteras, observando sus movimientos,

contemplando y admirando su desenvoltura, su solidad, su orgullosa independencia. Me lo había regalado un amigo:

—A ti te gustan los pájaros —me dijo—; a mí también, pero a mí gente le molesta el grito que da éste. Te lo regalo.

Había sido un regalo, pues, un regalo de un amigo estimado que regala algo estimable también: un pájaro, un pájaro que llegó a ser vertiente inagotable de recuerdos. Allá, en los lugares en que nací, en los alrededores de Buenos Aires, también lo había, aunque era llamado por otro nombre. Desde niño escuché su grito y lo vi volar sobre los campos de mi ciudad natal, de Rosario, de Mendoza, de Córdoba y, ya hombre, a lo largo de la costa central de Chile, en los potreros, en los pantanos y en las vegas del valle central, en la laguna de Cahuil, en las lomas marítimas de Valparaíso y Colchagua, y su grito, que tenía la virtud de volverme inmediatamente hacia el pasado, me recordaba todo lo que en esos lugares había yo visto, admirado y amado. ¿Cómo resignarme a perderlo? En ocasiones, aun a costa de sus sentimientos y a trueque de parecer falto de piedad, el hombre se decide a perder o abandonar lo que ama o lo que admira.

El no veía nada en mí —si es que un pájaro puede llegar a ver algo en un hombre—: yo no era elegante ni independiente, no era tampoco hermoso ni tampoco representaba un mundo que valiera algo para él. Me desconocía. Yo, en cambio, lo conocía, conocía sus costumbres, su carácter, sus movimientos, esa rápida

carrerita, ese casi imperceptible encogerse de hombros, un movimiento como de desconfianza o tal vez como de displicencia, movimiento que hace decir a los argentinos, al encontrarse ante un hombre que quiere evitar un problema o sacar el cuerpo a una responsabilidad: “No me venga con agachadas de tero”. Sabía la artimaña a que recurre para evitar que los intrusos descubran su nido, artimaña que inspiró a José Hernández los famosos versos:

*De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los teros
para esconder sus nidos:
en un lao pega los gritos
y en otro tiene los güevos.*

Pancho Rojas estaba incorporado a la sabiduría popular y a la poesía epopéyica. Valía, pues, más que yo, modesto empleado público, de quien jamás nadie diría nada, mucho menos un poeta.

Sí, lo conocía. Terutero en Argentina, queltehue y tréguil en Chile, queroquero en Brasil, en todas partes era igual, conocido aquí y allá.

Mi hija lo bautizó.

—¿Cómo lo llamaremos? —me preguntó, cuando lo solté sobre el pasto, en el jardín, y lo vimos alejarse, un poco agarrotadas las finas patas, luego de sacudir las alas, quiza para librarlas del pesado recuerdo de mis manos.

—Ponle el nombre que gustes —contesté.

—Me gusta Francisco —dijo, mirando al pájaro, que nos miraba de lado con sus ojos color carmesí.

—Me parece bien: mi abuelo se llamaba Francisco y ése es también mi segundo nombre.

—*Pancho Rojas*, entonces, papá.

—Eso es: *Pancho Rojas*.

No sólo Hernández había hablado de él. Otros, tan valiosos como él, Hudson entre ellos, que lo observó en libertad y describió sus juegos, sus marchas, sus pasiones. Era un pájaro con historia en manos de una familia anodina.

Y ahora estaba muerto.

En ocasiones, para hacerme grato a sus ojos, le buscaba algunas lombrices, hurgando con una palita la tierra más húmeda y sombría del jardín. Me costaba mucho hallarlas y, por fin, cuando ya tenía cinco o seis se las ponía sobre un papel y se las arrimaba. Desconfiado, no se acercaba hasta que yo, sabiendo de su desconfianza, me alejaba unos pasos. Entonces se aproximaba al papel y en un segundo, en un abrir y cerrar los ojos, las devoraba. Una vez, mientras intentaba arreglar un artefacto de la casa, abrí la cámara en que estaba la llave maestra del agua: había allí decenas de chanchitos, gordos, relucientes.

“¡Qué banquete para *Pancho Rojas!*”, pensé.

Los saqué todos y se los llevé. Los comió con la rapidez con que una gallina hambrienta come el maíz que se le arroja al suelo. Fue un picoteo vertiginoso; no se le escapó uno solo.

Después de procurarle esos atracones, pensaba que tendría o sentiría algún agradecimiento hacia mí y que, en consecuencia, me dejaría acercarme a él y quizá me permitiría tomarlo y acariciarlo. No, señor. Se retiraba como siempre, levantaba una pata y me miraba con su ojo rojo, alzando al mismo tiempo su copete.

“No —parecía decir—. Me has dado de comer y te lo agradezco, pero no quieras aprovecharte de ello para convertirme en lo que no quiero ser. Si quieres algo doméstico, búscate un perro.”

Concluí por acostumbrarme a su independencia y se la respeté, pero no me decidí a soltarlo. Ahí estaba mi debilidad. Mirándolo y reflexionando sobre su conducta y la mía, llegué a pensar que los hombres cometen una crueldad al obligar a la mansedumbre, a la domesticidad y a veces a la servidumbre, a aquellos a quienes alimentan o favorecen. La piedad y la caridad no son generosas, pensaba. Exigen más de lo que dan: unas lombrices, a cambio de la domesticidad; un poco de sopa, a cambio del sometimiento a nuestras ideas, a nuestras creencias o a nuestras costumbres.

El queltehue, felizmente, *Pancho Rojas*, no era un ser humano, y vivió y murió como deberían vivir y morir todos los animales y todos los hombres: libremente, sin sometimientos.

Era preciso enterrarlo en alguna parte del jardín, pero no debía hacerlo yo; deberían hacerlo los niños, que estaban más cerca que yo del ave, libres y un poco salvajes aún, aunque no tanto como *Pancho Rojas*: mi

paternidad ya los había manoseado un poco. Hubo una conferencia.

-Lo enterraremos en el jardín.

-Claro. ¿Lo pondremos en una cajita?

-No. Mejor sin caja.

-¿Y qué le pondremos encima? ¿Una cruz?

-¿Para qué? Es un pájaro, y una cruz no significa nada para un pájaro.

-Así, suelto, entonces.

-Claro, en la pura tierra, sin caja ni cruz.

-Le pondremos unas flores.

-Sí, pero no muy finas; unos cardenales.

-¿Y debajo de qué árbol lo enterramos?

-Debajo de cualquiera.

-¡Debajo del maitén, papá!

-Muy bien: debajo del maitén.

Allí quedó, bajo tierra, con unos cardenales y unos alelíes encima, unos alelíes tardíos, rojos como sus pupilas.

"Aquí yace *Pancho Rojas*, el queltehue", decía el papel que los niños pusieron sobre su tumba, atado a una varilla. Pero el letrero duró poco: el jardinero, en la primavera regada, barrió con papel y varilla. Mejor. No venían bien sobre la tumba de un ser libre y salvaje, una flor ni un papel, mucho menos un epitafio. *Pancho Rojas* valía más por lo que era que por lo que de él se podía decir.

MARES LIBRES



La Skúa, entre pardo y ocre sucio la color, vivísimo el ojo, ancha de pecho, pico de matarife, vuela y revuela sobre la bahía. Desde donde vuela y revuela todo lo vigila y lo ve; ningún movimiento se le escapa. Distingue a los peces bajo el agua y a los pájaros sobre ella y sabe quién se lanza sobre la presa, qué presa es y si tiene suerte..., la presa o el pájaro. Si el bocado es bueno y el pescador lo consigue, siente un estremecimiento y las alas tienden a lanzarla hacia el afortunado. Pero se retiene. ¿Por qué? De todas las aves que vuelan sobre la bahía o que están inmóviles en alguna parte de ella, la Skúa, bien llamada Gaviota Salteadora, es la más desalmada: ningún pájaro puede pescar a su vista ni el más miserable de los peces sin correr el riesgo de que ella se lo arrebate a picotazos. A pesar de ello, representa allí y en este momento, a su especie. ¿Cómo? Es difícil explicarlo. Sólo se podría hacerlo si se recuerda que muy rara vez o nunca las especies escogen con tino a sus representantes.

Representa a su especie y vigila.

Un Piquero se lanza en gran estilo. La Sardina le muestra, como una burla, un resplandor de plata y se va

a fondo. El pájaro, cariacontecido, remonta el vuelo. La Skúa sonríe de lado, como por un colmillo: ella no habría fracasado, no en coger la Sardina, sino en arrebatarla al Piquero. Es salteadora, no pescadora, reina de la costa desde más allá de la Tierra de Graham, en la Antártida, donde nacen las últimas skúas, hasta las playas de Trujillo o de Chiclayo, adonde llegan las primeras.

Vuela desde muy temprano y tiene hambre. Bajo ella el Piquero y el Blanquillo, la Gaviota Cocinera y la Gruma, la Monja y el Cáhuil de Cabeza Gris, el Chibrillo y la Gaviota Dominicana vuelan y revuelan, pescando, y más abajo, a ras del agua o en el agua misma, el Pato Yeco y el Pato Lile, el Alcatraz y el Pato Yunco Zambullidor del Norte no hacen otra cosa que comer, pero aprisa, como si el tiempo de que dispusieran para ello se fuese a acabar de un momento a otro.

“Nunca han comido tanto como hoy”, intenta pensar, mirando hacia abajo.

Y no se equivocaría si llegara a pensar así: los pájaros, aprovechando la tregua, se atiborran.

“Supongo que no se habrán burlado de mí”, intenta pensar de nuevo.

Pero no ha sido una burla. Sus ojos, al mirar hacia el norte, ven llegar lo que espera: una mancha blanca vuela cerca de la playa, zigzagueando. La Skúa, maestra del vuelo remado, gira y en rápidos y poderosos aletazos baja hacia la playa, que toca, al posarse, con sus patas membranosas. Allí queda, frente a la mancha que volaba y que ahora está detenida.

—¡Hola! —grazna.

Ante ella, macilentos, se halla una bandada de cáhuiles blancos.

—Hola —responde uno de ellos, el más estragado, sin gran entusiasmo.

La Skúa avanza un paso; el Cáhuil retrocede tres. Delante de la Skúa no tiene figura: aquel cuerpazo lo domina, ese pico de matarife puede matarlo de un golpe. Además, vuela desde muchos días y está cansado.

—Estaba esperándolos —masculla la Skúa.

El guía siente deseos de agradecer la atención, pero sabe que de una Gaviota Salteadora no se puede esperar nada que haya que agradecer, y calla.

La Skúa los examina: los cáhuiles, treinta o cuarenta, ágiles, de alas angulosas, remadores del aire también, esbeltos, esperan. Vienen del norte. Algunos han nacido ese año en la parte alta de la cuenca del Misisipí, otros más allá aún y todos han atravesado volando el Golfo de México y el Trópico. Algunos llegan por primera vez; otros, por segunda o tercera. Éstos, cuando partieron hacia el norte vestían la caperuza negra del plumaje nupcial. Ahora, de regreso, la caperuza es de nuevo color café.

—¿Alguna novedad? —pregunta el guía, mirando a su vez a la Skúa.

—Sí —responde gravemente el representante—; hay una novedad.

—¿Y qué es ello?

-Tenemos que hablarlo, pero no aquí ni solamente nosotros. Hay más interesados y querrán estar presentes.

-¿Quiénes?

La Skúa señala hacia el mar, hacia la playa, hacia el cielo: por todas partes hay pájaros, y dice:

-Pájaros.

-¿Todos?

-Todos los del mar.

-¿Y si no queremos ir?

La Skúa prorrumpie en un atroz graznido: es una carcajada y los cáhuiles sienten desgarrarseles los tímpanos. Si aquello es una carcajada, ¿cómo será un lamento o una injuria?

-Si no quieren ir se expondrán a cosas peores.

Frunce el ceño y mira hacia el norte: a unas cuerdas de distancia, entre la arena y los rompientes, algo se mueve y avanza, pequeños puntos que se desplazan con gran rapidez y con irregularidad, internándose tan pronto en el mar como en la tierra. Momentos después rueda sobre la arena, cerca de la Skúa y de los cáhuiles, una bandada de pollitos de mar blancos.

-Otros viajeros -rezonga la Skúa, con aire de vista de aduanas.

Avanza hacia ellos.

-¡Hola! -gruñe.

Los pollitos miran de lado, recelosos. No saben si contestar o huir.

-¡Hola! -vuelve a gruñir la Skúa, irritada al no recibir respuesta.

-Hola -se atreve a exclamar, desganado, el guía de la bandada.

-¿Ya de vuelta, eh?

El pollito, desconfiado, temeroso, responde en un susurro:

-Siif...

□

Durante el día llegan la Perdiz de Mar y el Vuelvepiedras, el Pitotoy Chico y el Gaviotín Elegante, el Chorlito de Mar y el Perrito, y por fin, ya casi anoche, el Salteador Chico de Cola Larga. Unos solos, en parejas otros, éstos en pequeñas bandadas, recién nacidos aquéllos en las costas de Alaska o de Groenlandia, de California o de Canadá, y los de más allá, adultos, de espléndida madurez, otra vez de regreso a las tierras del sur, turistas del aire y del océano, pero turistas sin máquinas fotográficas y sin pasaportes; sólo alas, grandes o chicas, remadoras o planeadoras, grises o blancas. A todos los notifica la Skúa con su graznido, y al día siguiente, muy temprano, en la solitaria caleta de los pájaros niños, el representante abre el pico y grita:

-Queridos...

¿Queridos qué? La segunda palabra no se oye: un grupo de garumas y de pílpilenes, de monjas y de gaviotas dominicanas prorrumpen en agudo griterío:

-¡Queridos, queridos, queridos!...

El griterío se convierte al fin en carcajadas. La Skúa se yergue y grazna, dominando el bullicio.

—¡Silencio!

Y agrega:

—No hablo en mi nombre. Hablo en nombre de los hermanos de la costa, es decir, de ustedes, que me han elegido. Déjenme hablar o me voy.

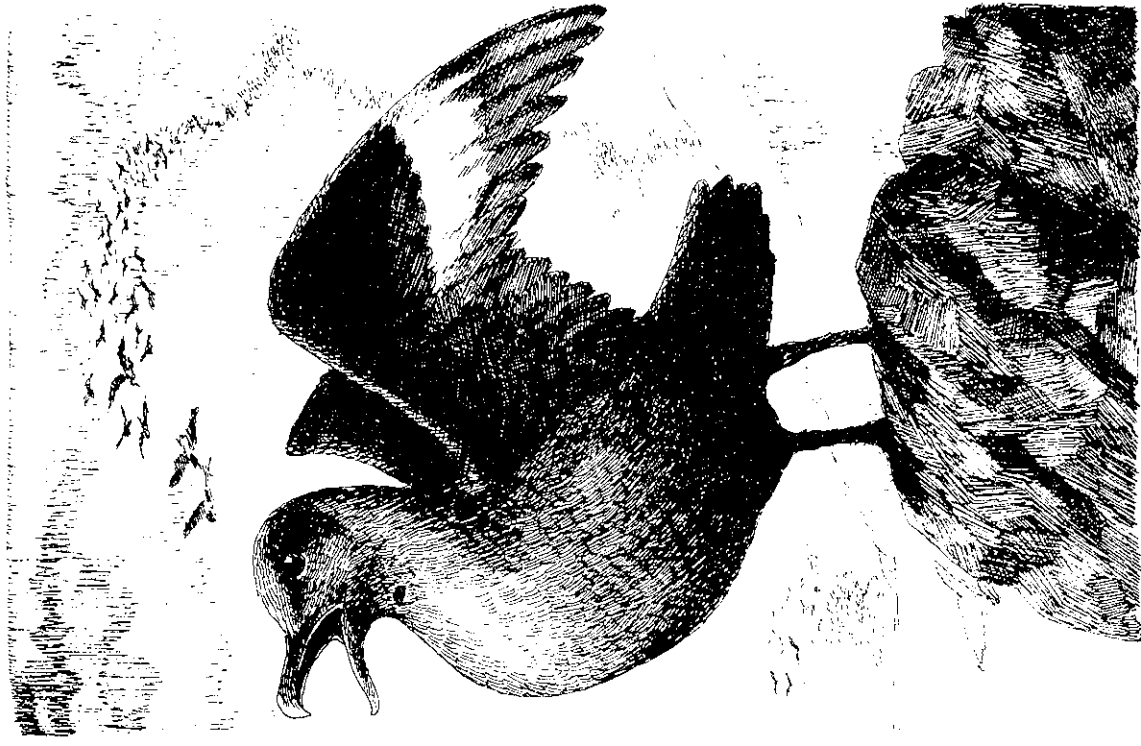
Una Garuma —su grupo es, como siempre, el más numeroso y bullicioso— se adelanta y dice, con atiplada voz:

—Es cierto lo que dices, pero no nos llames queridos... Nos da risa.

Cloquea de nuevo una carcajada, mueve, como una señora antigua, la cenicienta cola y se retira. La mirada de la Skúa parece atravesarla.

Sobre las rocas y sobre la arena, sobre la tierra y en la pendiente del barranco hay pájaros, decenas de pájaros, y no sólo marítimos: los hay también terrestres, lloicas y zorzales, jilgueros y chercanes, queltehues y jotes, bailarines y canasteros, chincoles y remolineras, diucas y golondrinas, tencas y chirigües, turcas y gallinas ciegas, pero todos éstos arriba, en el filo de la barranca, espectadores sin voz ni voto, humildes semilleros éstos, modestos comedores de gusanos aquéllos, cazadores de insectos estos otros, atrapadores de ratones y culebras los de acá, basureros, en fin, los de allá.

Sobre una pequeña roca, aislado, reluciente, fino, de patas amarillas, gris oscuro el cuerpo, un Petrel de Wilson, el bailarín del mar, solitario del océano contempla



la escena. ¿Qué hace allí el descendiente de aquel que dicen que pretendió andar sobre las aguas?

Cerca, solitario también, se yergue el Salteador Chico de Cola Larga, pariente, aunque menor, de la Gaviota Salteadora, pero tan bandido como ella.

La Skúa prosigue:

—No hablo sólo en mi nombre, he dicho, y es cierto. Se trata de lo siguiente.

Carraspea y alza la voz:

—Los hermanos de la costa aseguran que cada día hay menos pescado en estos mares. No me consta, pero ellos lo dicen; y dicen más todavía: dicen que ese pescado debe ser para los que nacen y viven en estos mares y no para los que nacen en otras partes y vienen aquí a comer lo que no les pertenece.

Calla y da unos pasos sobre la arena. Pregunta en seguida:

—¿Han entendido?

Hay un silencio. La Skúa añade:

—En pocas palabras: los cáhuiles y los pollos de mar blancos, las perlices de mar y los vuelvepedras, los pitoyes chicos y los gaviotines elegantes, los chorritos de mar y los perritos, los... —vacila y mira a su pariente, el Salteador Chico de Cola Larga, que no pierde palabra— salteadores chicos —recalca un poco despectivamente esta última palabra— y todos los pájaros que no han nacido ni nacen en estos lugares deben ir pensando en renunciar a sus viajes de todos los años y quedarse en sus tierras.

Calla de nuevo. Da una mirada a todos y termina:

—Tienen la palabra los...

No sabe qué palabra agregar: ¿extranjeros, extraños, forasteros? Intrusos le parece demasiado. Por fin encuentra una:

—...los afuerinos...

Es una palabra criolla.

Su discurso ha terminado. Carraspea de nuevo y espera. ¿Quién hablará?, se pregunta a sí misma. Piensa que ella debe defender la causa, a pesar de que es salteadora y no trabajadora. Trabaje quien trabaje, ella siempre tendrá qué comer: es suerte de los representantes; pero los representantes deben defender la causa de los representados, aunque no crean en ella ni les interese. Y ya cree que nadie se atreverá a tomar la palabra, cuando se oye una voz que dice con firmeza:

—Oye...

Es el Salteador Chico de Cola Larga.

—Oye —repite, dirigiéndose a la Skúa—: ¿dónde naciste tú?

La Skúa, sorprendida por la pregunta, no contesta.

—Te pregunto que dónde naciste.

—Pues allá, hacia el sur. En la Tierra de Graham...

—responde, un poco atargantada, la Gaviota Salteadora.

—¿En la misma Tierra de Graham? —insiste el Salteador Chico.

La Skúa vacila:

—No, más allá, en la Tierra de Hearst.

Su voz ha perdido tono.

—¿Y por qué no te quedaste allá?

La Skúa no contesta.

—¿Por qué no te quedaste allá? —vuelve a preguntar el Salteador Chico—. Tu tierra está más lejana que la mía, y si tú naciste más lejos que yo de estos mares, ¿por qué puedes estar tú aquí y yo no? Y no me refiero al pescado: ni tú ni yo hemos pescado nunca ni una miserable anchoveta. Todo lo que hemos comido y comemos lo hemos robado y lo seguiremos robando hasta que alguien venga a poner orden en ese asunto. Hablo de ti y de los demás, de los hermanos de la costa, como tú les llamas, y pregunto: ¿cómo puede haber alguien tan estúpido como para elegir representante de sus bienes y de su trabajo a quien vive de los bienes y del trabajo ajenos? Contéstenme.

Nadie, por supuesto, contesta.

—No me importará irme —termina el Salteador Chico—. Puedo ir a otros mares y a otras costas. Pero no quiero que me eche de aquí quien no tiene ningún derecho para hacerlo.

Hay un largo momento de silencio. El Salteador Chico da unos pasos, arrastrando la cola, y mira a su alrededor. ¿Nadie más hablará? ¿Será aquello sólo una discusión entre ladrones, en tanto los honrados, que deberían hablar, callan? ¿Siempre ocurrirá lo mismo? Mira a los cáhuiles, a los pollitos de mar blancos, a los pitotoyes, a los gaviotines elegantes. ¿Qué esperan?

Un Cáhuil se adelanta. Vacila un poco y luego habla. Su voz es débil, casi tímida, sin la brusquedad que tic-

ne la de la Gaviota Salteadora y sin la arrogancia que luce la del Salteador Chico.

—Yo —empieza, y se detiene. Ha empezado mal y re-comienza—: Nosotros, es cierto, no hemos nacido en estas costas, pero ¿tenemos nosotros la culpa? ¿Sabe alguien, con seguridad, por qué emigran algunos pájaros? No. Nosotros tampoco. Y si nadie lo sabe, ¿por qué va a ser nuestra la culpa? Además, ¿de dónde es uno? ¿Del lugar en que nace o del lugar en que vive? No hay, en toda la región en que los cáhuiles de cabeza oscura nacen, un solo lugar que lleve su nombre; sin embargo, lo hay en estas costas. ¿Por qué lo hay, si somos extranjeros, o afuerinos, como dice la Gaviota Salteadora? ¿Quién puede contestar estas preguntas? Nadie. Pero hay un pueblo y hay una laguna que se llaman como nosotros y eso lo saben el Runrún y el Siete Colores, el Trabajador y la Guala, la Tagua y el Flamenco, el Cisne de Cuello Negro y el Canastero. Que ellos lo digan.

Ha hablado demasiado y calla. ¿No vendrá nadie a certificar lo que ha dicho? Un pájaro vuela desde el filo de la barranca y se posa al lado del Cáhuil. Parece un Tordo, pero no es un Tordo: no es todo negro, parece un Trile, pero no es un Trile: le falta el toque amarillo de los codos alares. Es un Runrún. Dice:

—No tengo nada que hacer aquí, pero he venido y puedo hablar en nombre de los pájaros de laguna, sobre todo de aquellos que no son comedores de pescado.

Parece la caricatura de un escribano antiguo: negra

la levita, anteojos con armadura de color limón, pico ribeteado de amarillo. Tiene blancas las puntas de las plumas voladoras.

—¿Por qué no ha venido el Trabajador? —pregunta la Skúa.

—Tenía mucho trabajo —contesta el Runrún.

—Debió haber venido. Se llamó a todos.

—No quiso venir. Dijo que si todos trabajáramos más y hablásemos menos, las cosas andarían mejor para todos.

Calla y agrega después:

—Lo que dice el Cáhuil es cierto. Hay un pueblo y una laguna que se llaman como él. He tenido el honor de nacer allí. ¿Por qué, si los cáhuiles son extrajeros, esa laguna y ese pueblo se llaman así? Otra preguntita para agregar a las que no tienen respuesta.

Dice y se pierde entre la multitud, que le abre paso, respetuosamente. Hay otro momento de silencio. La Skúa sospecha que los otros afuerinos no hablarán: el Pollito de Mar es demasiado pequeño; el Vuelvepie-dras, a causa de su trabajo, es muy confuso para expresarse, y el Gaviotín Elegante sólo se preocupa de su ropa. ¿Quién hablará?

La que se oye es una voz extraña y más que voz parece el susurro del viento, pero de un viento solitario, un viento de desierto de alta mar. En el primer instante, todos se miran entre sí, sorprendidos, sin saber si aquello es realmente una voz o sólo un sonido. ¿Puede alguien hablar así? —...no somos pescadores —se oye—.

Como los picaflores de tierra, los petreles de Wilson nos alimentamos de la flor del mar, una flor que los otros pájaros marinos no ven, así como los otros pájaros de tierra no ven lo que los picaflores encuentran entre los pétalos de las flores. Comemos plancton y, como el Runrún, que no es un comedor de pescado, no tengo nada que hacer aquí. He venido sólo porque me han invitado.

—¿Quién te invitó? —pregunta la Skúa sordamente. Su voz ha adquirido, de pronto, una mayor ferocidad.

—El Alcatraz —contesta el Petrel, con su extraña voz.

—Sí, yo lo invité —interviene el Alcatraz.

Su voz es terrible, una voz fuerte y gangosa. Parece hablar con la nariz.

—Me invitó el Alcatraz y yo vine. Tengo muchas cosas que decir y contar. Los petreles de Wilson nacemos también en la Tierra de Graham y a veces más allá aún, en la de Hearst, donde nacen las últimas skúas.

Calla y mira fijamente a la Gaviota Salteadora.

—¿No es cierto, Skúa? —pregunta.

El representante desvía la mirada y no contesta. Empezó a darse cuenta de que dentro de un minuto, de dos o tres —todo dependerá del Petrel—, se verá obligada a hacer cualquiera de estas dos cosas: matar o huir. Pero matar le parece terrible. Es un representante y un representante no puede matar a nadie por sí mismo. Ella, sin embargo, no tiene a quién mandar: no tiene comisarios ni ministros, gendarmes ni soldados. Nadie, por

otra parte, será capaz allí de matar, excepto, quizá, el Salteador Chico de Cola Larga, con quien no se debe contar; está en el otro bando. ¿Por qué se habrá metido en esto? ¿Quién lo mandó ser representante, mucho más de aquellos pobres diablos pescadores de sardinas? Ella es una Gaviota Salteadora. ¿Por qué aquellos estúpidos no eligieron a un Pato Yeco o a un Alcatraz?

Huirá, pues. Sabe que no tiene la culpa de ser como es, así como el Cáhuil no la tiene de nacer en otra tierra: pero su pecado, el pecado de su género —no el robo, que no le importa—, es demasiado espantoso: no es un pecado para pájaros; es un pecado para animales, y su solo reproche es ya insoportable.

No le importará huir. A pesar de ello siempre será la reina de la costa.

—¿Qué importa que el Cáhuil nazca en el norte o en el sur? —sigue diciendo el Petrel con su voz de viento en soledad—. ¿Y qué importa que venga aquí o vaya a otra parte a vivir? Hay en el océano muchos más peces de los que pueden comer los pájaros, muchos más. ¿Y qué importa que la Gaviota Salteadora arrebate ahora una Sardina a una Garuma o un Jurel a un Piquero? Nada. Cuando una bandada de piqueros se tira de cabeza sobre un cardumen, sólo se come la milésima parte del cardumen. El océano es generoso. Sus seres se reproducen por millares, y mientras más desaparecen, más nacen, y el débil se reproduce más abundantemente que el fuerte. ¡Oh hermanos!

Su voz crece como crece el zumbido del viento en

alta mar al encontrar en el camino la arboladura de una embarcación. Hay un gran silencio. Los pájaros escuchan su voz como un hombre puede escuchar, en un bosque o en la orilla del mar, el rumor del surazo: con temor y con placer. Hasta la Skúa parece dominada por el encanto de aquella voz.

—Lo terrible es el crimen —asegura aquella voz—. Lo terrible es el crimen que el hermano fuerte comete contra el débil.

Ha llegado el momento. La Skúa corre tres o cuatro pasos, abre las alas, aletea y se va. Los pájaros la siguen con la mirada, levantando o torciendo el cuello, y luego, al perderla de vista, vuelven a mirar al Petrel de Wilson, que está inmóvil, reluciente, fino, la garganta hinchada y estremecida por aquel sonido de viento en soledad que surge extrañamente de él.

—Pero tampoco el crimen tiene remedio entre nosotros —continúa el Petrel—; tampoco. En la Tierra de Graham y en la de Hearst, todos los años, las gaviotas salteadoras matan centenares de petreles. ¿Por qué? Ni ellas mismas lo saben. Las madres han terminado por hacer galerías, como los ratones, para defender sus crías. A pesar de ello, mueren muchos todos los años bajo los picotazos de las gaviotas salteadoras. ¿Qué hacer? No podemos hacer nada, y no podemos hacer nada porque, como pájaros, no sabemos dominar nuestros instintos.

Calla de nuevo y luego agrega:

—Hermanos de la costa: dejad que los pájaros va-

yan y vengan, que coman aquí o que coman allá. Eso no tiene importancia. Hay comida para todos y tierra y mar para muchos más. Lo importante sería terminar con el crimen y el robo, pero eso es imposible: no tenemos conciencia, como la tienen los hombres, y eso nos impide hacerlo. Ellos son felices. Su conciencia les permite arreglarlo todo.

Calla y mira hacia el mar, pero muy hacia adentro, más allá de la línea del horizonte, mucho más allá aún. Abre las alas, las sacude como abanicándose el cuerpo, y dice:

-Adiós, amigos.

Su vuelo es una delicia. El viento parece llevarlo.

La conferencia ha terminado. Una Garuma, sin embargo, se adelanta y dice, con voz de falsete:

-Hermanos: mares libres. Nada ha cambiado.

Se escucha un solo rumor de alas.

El Runrún vuela hacia el filo de la barranca y se reúne allí con el Canastero.

-¿Vamos?

Viven en la misma laguna.

-Vamos.

-¿Qué te pareció el Petrel?

-Sabe mucho de las cosas de la mar -asegura el Canastero con su voz de obrero manual-, pero parece que no entiende nada de las cosas de la tierra.

La Gaviota Salteadora, muerta de hambre, vuela y revuela sobre la bahía.

EL FANTASMA DEL PATIO



A las diez y media de la noche, la señora Fortunata, cansada del trajín del día, se acostó. Era una viejecilla ya sexagenaria, pero animosa y locuaz, un poco sorda, baja de estatura, regordeta, de piel rosada y cabellos entrecanos. Un tic nervioso insistente, le bajaba el párpado derecho sobre el ojo pequeño y claro.

Su marido dormía ya, cerca de ella, respirando apaciblemente. No se veía de él más que una punta de la nariz, asomando displicente entre la sábana y la frazada, y el bigote recio, recortado como a podadora, cuyos pelos, apuntando hacia el techo, parecían amenazar a alguien que estuviera en el tejado.

Un momento estuvo la señora Fortunata sentada en la cama, entregada a meditaciones de índole familiar; su familia era numerosa y en ella pensaba todas las noches, al acostarse, recordando a cada uno de los individuos que la componían y observando, mentalmente, su salud y su prosperidad, sin olvidar a nadie, y yendo desde Tristán, nieto suyo, de tres meses de edad, hasta ella misma, arrugadita ya por los años.

Pero aquella noche sus meditaciones fueron interrumpidas de modo brusco; un gemido ahogado, como

de angustia, salía de entre las ropas de la cama de su marido. La señora Fortunata levantó con un dedo el párpado caído y miró a su esposo con los dos ojos.

—Alguna pesadilla —murmuró.

Un nuevo gemido salió de la cama vecina y el cuerpo del durmiente se agitó en convulsiones lentas.

—Eleuterio... —llamó ella.

—¡Ah! —contestó el hombre, ahogadamente, como si saliera de debajo del agua.

—¿Qué te sucede?

Farfulló don Eleuterio algunas palabras ininteligibles, diciendo al fin:

—Una pesadilla, mujer... Siempre que en la mesa cuentan alguna historia de fantasmas o de ánimas, duermo mal. ¿Qué objeto tiene contar esas tonteras?

Sacó una mano, hizo con ella su gesto favorito, que consistía en frotar el dedo índice con el medio, y aseguró:

—Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto... ¡Hummmmm!

—¡Bah! —rió ella, y la risa le llenó el rostro de arrugas—. ¡Qué hombre tan valiente! Le tiene miedo a las ánimas...

Pero él contestó:

—Estando despierto no le tengo miedo a nada; pero estando dormido, cambia la figura.

En la mesa, después de comida, se habló de ánimas y apariciones, y don Eleuterio contó que su padre, una noche que marchaba a caballo por un camino solita-

rio, acompañado de un compadre, había sentido que un bulto caía de un árbol sobre el anca de su animal. Por la forma de las ropas, que alcanzó a ver de reojo, comprendió el viandante que se trataba de una mujer, y sin darse vuelta a mirarla, la intimó:

—Déjese de bromas, señora, y bájese.

Pero la mujer saltó al suelo y, mostrando unos dientes horribles, de una cuarta de largo, preguntó, al tiempo que lanzaba un chillido de lechuza:

—¿Queeeeeeé?

Con lo cual, y sin ponerse previamente de acuerdo, los dos compadres cayeron desmayados al suelo.

—Y eso que mi padre era hombre serio —aseguró el narrador.

Se habló también del fantasma que, según algunos vecinos, solía aparecer en el patio de la casa. Decían —y eso era cierto— que el primer propietario de aquella casa fue un agenciero llamado Belisario, difunto ya, quien —aquí empezaba la leyenda— antes de morir, como no tenía herederos, enterró su fortuna en el patio, al pie de un saúco que aún existía, y que en las noches su alma de avaro venía a contar las monedas de su tesoro.

—Y tú mismo, ¿no estuviste contando tonteras?

—Sí, pero... Yo no estoy de acuerdo con eso, por cuanto... ¡Hummmmm!

Un minuto después, don Eleuterio roncaba tranquilamente y doña Fortunata apagó la vela y se tendió en la cama; estaba cansada. Sin embargo, como sus meditaciones habían sido interrumpidas, las reanudó en la

oscuridad. Recordó la casa y a los que en ella vivían: su hija mayor, Laura, con el marido y tres niños; sus hijas menores, de doce y trece años, Tránsito y Lucha; un amigo de la casa, don Carlos Borne, que estaba alojado allí mientras solucionaba cierto asunto de carácter judicial; su ahijado Guillermo, mocetón campesino, y las dos empleadas de la casa. Además, a su hija Irma, llamada cariñosamente Pitiuca, que residía con su marido en un pueblo de la costa. Nadie se le escapó.

En la casa todos reposaban ya, menos don Carlos, que después de la sobremesa saliera a dar un paseo hasta el club y no regresaba aún. Antes de acostarse dispuso ella todo lo necesario para el día siguiente: la higiene de la casa, los pagos que habría que hacer, las compras que deberían efectuarse, la lista de las comidas, la ropa limpia; todas las menudencias domésticas estaban resueltas de antemano. El jarro en que por las mañanas se recibía la leche estaba en el patio, al alcance de la mano, y el perro *Zafiro*, soltado por su yerno Jorge, el marido de su hija Laura, corría por la casa ladrando bravamente. Nada faltaba, todo estaba previsto y en orden y ella podía esperar en paz el nuevo día. Lanzó un suspiro de satisfacción:

—Gracias a Dios...

Se pasó la punta de los dedos por la comisura de los labios, gesto acostumbrado en ella, que al hacerlo parecía recoger algo que se le quedara olvidado allí, y luego metió la mano bajo la almohada, sacando el rosario, un viejo rosario de cuentas coloradas que usaba en sus

oraciones desde hacía muchos años y al cual atribuía condiciones milagrosas; buscó una cuenta gruesa y se puso a rezar, bisbiseando:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Terminó rápidamente, pues el sueño la apuraba, y las emprendió contra una hilera de avemarías. Una, dos, tres, cuatro... Pero cuando iba en la mitad de la cuarta y avanzaba a través de la oración como por un bosque espeso, pesadamente, lanzó un ronquido. Despertó, irritada con el sueño que siempre la asaltaba en medio de sus devociones piadosas, y empezó de nuevo la cuarta avemaría; pero antes de llegar a la mitad un ronquido decisivo se escapó de su garganta. Quiso rebelarse aún, pero el sueño, de oscuro y ancho rostro, colocó sobre el pecho su pesado pie y la dejó inmóvil, tendida de espalda, roncando suavemente.

La quietud y la oscuridad volaban como murciélagos sobre la casa. Por los tragaluces salía el suave rumor de las respiraciones y algunos borbotos profundos resbalaban en el aire nocturno. Era noche de luna, que aparecía y desaparecía entre grandes nubarrones, deslizándose entre ellos como una gota de metal frío. El pueblo dormía tranquilamente su medianoche.



La casa en que habitaba la familia Bodadilla era una amplia casa provinciana con dos grandes patios empe-

drados con guijarros de río. El primero estaba rodeado por un corredor donde se alineaban las habitaciones de la familia. En el ángulo inferior derecho se alzaba la mata de saúco, entre cuyas ramas —según la leyenda— aparecía el ánima atribulada del prestamista Belisario. En el segundo había una pesebrera, y frente a ésta, a la derecha, estaba la bodega donde Eleuterio convertía en chicha y vino la cosecha de la viña que se extendía a los pies de la casa.

De noche la casa se agrandaba con el silencio y la oscuridad y los patios se llenaban de sombríos rincones, donde parecían apiñarse los fantasmas de las leyendas populares. Los gatos se deslizaban por ellos como trozos móviles de sombras, y el perro *Zafiro*, alto, macizo, negro, hacía sonar sobre las piedrecillas sus largas uñas de can sedentario.

Pasó una hora, y el reloj de la cárcel, que a pesar de su vejez tenía buena memoria, la marcó con gran calma; las campanadas sonaban en la noche como monedas de cobre en un tarro vacío. Entretanto, las nubes proseguían su marcha hacia el este, mientras la luna, como huyendo de ellas, avanzaba hacia el oeste. Algunas estrellas brillaban de súbito entre los nublados; irradiaban un instante y desaparecían luego entre los nubarrones de octubre.

Cerca de las doce se oyeron en la calle algunos pasos rápidos que se detuvieron frente a la casa; una llave sonó en la cerradura y la antigua puerta se abrió sin prisa. En el vano apareció la figura de un hombre del-

gado y alto, que entró, volvió a cerrar y desapareció de repente en la oscuridad larga del zaguán. Avanzó despacio, pisando cautelosamente, como un ladrón o como una persona que no quiere molestar a los que duermen; llegó a la entrada del patio y torció hacia la derecha.

Fue en ese momento cuando el fantasma apareció ante sus ojos. El terror lo detuvo, clavándolo en el sitio, enmudeciéndolo; desde el fondo del oscuro patio y como surgiendo de entre las raíces del saúco, una forma blanca y delgada avanzaba hacia él. Parecía flotar en el aire, pues no se veía cuerpo alguno que la sostuviera sobre el suelo. La oscuridad profunda que había en ese instante, pues las nubes concluyeron al fin por triunfar sobre la luna, apagándola, hacía resaltar más la mancha blanca. Durante un segundo, el hombre procuró explicarse qué era aquello, pero no pudo hacerlo; en la casa no existía nada que tuviera esa forma y ese color y que pudiera deslizarse y flotar en el aire. Y esto, unido al recuerdo de lo que se conversara durante la sobremesa respecto al ánima que aparecía entre el ramaje del saúco, contribuyó a perturbar la poca serenidad y cor dura que tenía en ese momento. Sintió que todo él se convertía en un solo cabello erizado e instintivamente volvió a hundirse en la oscuridad del zaguán; pero la aparición se dirigió sin vacilar hacia donde él estaba. Don Carlos Borne no vio nada, pues la oscuridad era espesa como un aceite. Oyó junto a sí una respiración que jamás antes ni después oyera, y algo frío, sin vida,

se posó sobre una de sus mejillas, mientras dos manos pequeñas, descarnadas, lo recorrían de arriba abajo. Quiso gritar, pero lo único que hizo fue lanzar un estertor ronco. Un instante después la respiración se alejó y él vio salir hacia el patio, donde la sombra no era tan densa, la forma blanca del fantasma; se alejaba velozmente y una mancha oscura, inexplicable, flotaba tras ella.

Allí se quedó, pegado a la muralla, sin movimiento, sin raciocinio, como si fuera un sobretodo colgado de un clavo. Sin embargo, reaccionó. Se palpó y se encontró intacto, y la certeza de que aún vivía y la circunstancia de que el fantasma hubiera desaparecido le dieron ánimos. Salió del zaguán y a tientas, sintiendo que un sudor frío le corría a chorros por la espalda, caminó hasta llegar a la puerta de la habitación donde dormían la hija mayor y el yerno de la señora Fortunata. Golpeó suavemente los vidrios, pero nadie respondió. Golpeó más fuerte y una voz de hombre preguntó:

—¿Quién es?

—Bo...Bo...Bo... —tartamudeó el que llamaba, sintiendo que los pantalones se le caían de miedo.

—¿Qué bo bo bo? —preguntó la voz enérgicamente.

—Borne —dijo al fin el atemorizado caballero.

—¡Ah! ¿Don Carlos?

—Sí, don Jorge; yo soy.

—¿Qué le pasa?

—Le ruego que se levante, don Jorge; aquí en el patio

he visto algo que me parece extraordinario. Es como una cosa del otro mundo...

—¿Cómo dice? —interrogó la voz, menos enérgica ya.

—Una cosa del otro mundo, don Jorge; ha salido de entre las raíces del saúco...

La voz del que hablaba era débil y parecía próxima a extinguirse.

—Ya voy —respondieron desganadamente.

Y mientras don Jorge, sin saber si estaba dormido o despierto, olvidaba la existencia de los fósforos y de la vela y buscaba su ropa a oscuras, se escuchó un rugido sordo seguido de un grito de terror.

—¿Qué pasa, mi hijito? —preguntó una voz de mujer.

—Don Carlos dice que en el patio hay algo sobrenatural —contestó don Jorge, intentando meter los pies por las mangas del paletó.

Se oyó un chillido femenino y en seguida un llanto de niño. En el patio no se oía nada.

—¿Siempre está ahí, don Carlos? —preguntó don Jorge, medio vestido ya y medio desnudo y con la esperanza de que don Carlos hubiera desaparecido y él no tuviera que salir.

—Sí, aquí estoy —suspiró el interpelado.

—¿Sigue ahí eso?

—Levántese, por favor —fue la respuesta.

Don Carlos hablaba como si ya estuviera enterrado. Pero don Jorge juzgó oportuno observar primero la situación. Era un hombre bajo y grueso, de barbilla y

mosca entrecanas; aunque de apariencia tranquila, en el fondo era muy impresionable y el color en extremo rosado de su rostro denotaba una gran inclinación a la apoplejía. Tenía que ser prudente. Sacó la barra de hierro que aseguraba la puerta y soltó el pestillo; entreabrió el postigo y miró a través del vidrio hacia el patio. Éste estaba oscuroísimo y en un principio no pudo ver nada; pero después, fijándose bien, observó una forma larga, mitad blanca, mitad negra, que daba vueltas sobre sí misma y que de pronto se alargó hacia arriba en un salto prodigioso. Cerró violentamente el postigo, sin acordarse de que del otro lado de la puerta alentaba un hombre que tenía más miedo que él. Allí se quedó, inmóvil, sintiendo que el corazón le latía hasta en los zapatos.

—¿Qué va a hacer, mi hijito? —preguntó su mujer, temblorosa.

—Es lo que estoy pensando —contestó él, que pensaba en todo menos en lo que debía hacer—. No tengo ni una miserable escopeta. Pero, por otra parte, ¿de qué me serviría una escopeta si eso es...?

No se atrevió a terminar la pregunta que se hacía a sí mismo, pero de pronto se sintió avergonzado y decidió salir. Cogió la barra de hierro y abriendo la puerta se deslizó hacia fuera. Inmediatamente, como si le hubieran avisado, la aparición se le fue encima, lanzando un rugido ahogado que le heló la sangre. Oyó junto a él una respiración anhelante, angustiada, como de gacanta que se asfixia, mientras que un cuerpo extraño le rozaba las piernas y dos manos húmedas le palpaban la

cara. Retrocedió un paso, cerró los ojos y haciendo un gran esfuerzo levantó la barra de hierro, soltando un golpe al azar, sin saber a quién lo dirigía y si daría en aquella extraordinaria forma o en la cabeza de don Carlos. Pero, afortunadamente para éste, la barra de hierro dio en el fantasma, que devolvió un sonido claro, como de metal, y un grito gutural, casi humano, que aumentó el terror de los hombres y arrancó un chillido frenético a la mujer. Un niño volvió a llorar y un instante después otro llanto de niño lo acompañó; la mujer lanzó otro grito, y los niños, como si esto hubiera sido una señal, elevaron el tono, y de pronto dos nuevos gritos, ahora de niñas, que salían de la habitación contigua, se unieron a los primeros. Eran gritos agudos, finos, que emergían en la noche como agujas de terror.

Cuando don Jorge, después del golpe, abrió los ojos, el fantasma había desaparecido, y don Carlos, agarrado a él, castañeteaba los dientes.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó don Jorge, secándose el sudor, irritado.

—Don Belisario —tartamudeó su atribulado compañero. Pero, ante esta afirmación, don Jorge perdió la paciencia y, olvidando que don Carlos era un huésped en la casa y que como tal le debía respeto y consideración, le gritó, levantando la barra de hierro:

—¡Cállese, señor, no me ponga nervioso! En lugar de estar ahí, tiritando como un perro, vaya a llamar a don Eleuterio y dígame que traiga la escopeta.

Y, asustado de su inesperada energía, se escabulló

dentro de la pieza, mientras el infeliz don Carlos se deslizaba a través del corredor como una vacilante hilacha de sombra, procurando agujerear la oscuridad con sus medrosas miradas y sintiendo unos locos deseos de echar a correr y no detenerse hasta llegar a su pueblo.

—Don Eleuterio... —llamó en voz baja, sin dejar de mirar hacia el patio.

—¿Quién es? —respondió el sollicitado.

—Soy yo, Carlos Borne, señor.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa?

—Levántese, don Eleuterio; aquí en el patio hay algo que no sabemos lo que es; parece un fantasma del otro mundo.

—Voy en seguida.

Extendió la mano hacia el velador y tomando los fósforos encendió la vela. En ese instante despertó doña Fortunata.

—¿Qué pasa, Eleuterio?

—Don Carlos dice que en el patio hay un fantasma del otro mundo —informó don Eleuterio, tranquilamente.

La señora lanzó un grito y buscando su rosario reanudó precipitadamente sus interrumpidas oraciones.

—¡Ave María Purísima!

Pero don Eleuterio no se levantó con la rapidez que había anunciado. Era hombre muy lento. Además, era muy aficionado a contraer resfríos y esto lo obligaba a tomar infinitas precauciones cada vez que tenía que levantarse o acostarse. Lo primero que hizo, luego de sentarse en la cama, fue coger el sombrero, que

siempre dejaba al alcance de la mano, y ponérselo con todo cuidado. Era lo primero que se ponía y lo último que se quitaba. Después se agachó y buscó a tientas sus zapatos y sus calcetines; los encontró y, echando la ropa un poco hacia atrás, procedió a ponérselos con toda calma.

—¡Pero qué tonto soy! —exclamó de pronto—. Se rompió hace tres días un cordón de los zapatos y no me he acordado de comprar otro... Pero ¿qué es eso? Parece un piño de cabras.

Había oído el griterío de los niños.

—Son los niños que gritan —dijo doña Fortunata—. ¡Pobrecitos, cómo estarán de miedo! Apúrate, hombre.

—Espérate, mujer... Hace tres días que no me cambio cuello. Esa dichosa lavandera...

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Apúrese, don Eleuterio, y traiga la escopeta.

Por fin, después de los cien membrillos, don Eleuterio terminó de vestirse; tomó la escopeta, la examinó y satisfecho de ella abrió la puerta. Afuera, don Carlos, pero lo hizo de una manera tan desordenada y tartamudeante, que don Eleuterio se vio en la necesidad de confesarle que, a pesar del aprecio que sentía por él, no le entendía una palabra:

—Le ruego que no se ofusque, don Carlos, y se explique con claridad.

Pero don Carlos no tuvo tiempo de explicar otra vez lo sucedido.

—¡Allí viene! —dijo de pronto, y se metió de estampía en la habitación, cerrando por dentro.

Doña Fortunata, a pesar de que sus sesenta años la ponían a cubierto de cualquier desmán, al ver que un hombre que no era su marido entraba en el cuarto y cerraba la puerta, lanzó un tremendo grito y se desmayó.

—¡No me cierre la puerta! —exclamó don Eleuterio. Y al darse vuelta, con la intención de empujarla y abrir, sintió que alguien se le echaba encima con gran fuerza; oyó una respiración fatigosa y profunda y enseñada el contacto con algo muy frío en la cara, mientras dos manos lo palpaban precipitadamente.

—¡Quítate, diablo! —gritó, frenético, más irritado que temeroso, pues el fantasma le sacó el sombrero al abrazarlo.

Se echó hacia atrás, al mismo tiempo que levantaba la escopeta; pero inútilmente buscó un blanco en la sombra. El fantasma se había echo humo.

—¡Esta sí que es! —comentó, sorprendido, casi asustado, mientras buscaba su sombrero por el suelo.

Una vez encontrado, cubrióse la semicalva cabeza y se dedicó a escudriñar la sombra con sus pequeños ojos; dio una cautelosa vuelta sobre sí mismo, llevando la escopeta en actitud ofensiva, como si esperara en un bosque el ataque de un león; pero nada vio que lo indujera a apretar el gatillo y soltar la copiosa carga del cartucho conejero. Se sintió desorientado, sin saber qué era lo que debería hacer y sin tener del fantasma más conocimiento e impresión que el que tuviera y expe-

rimentara durante unos segundos, ya que la narración que le hiciera don Carlos más le parecía una adivinanza difícil, dicha en jergonza, que un informe claro. Además, la gritería de los niños, los chillidos de la señora Laura y los gemidos angustiosos de doña Fortunata le confundían y atribuían más que el mismo fantasma. Resolvió llamar a don Carlos y se acercó a la puerta:

—Don Carlos... Salga, pues, señor.

—No aguanto —fue la respuesta.

Don Eleuterio dejó escapar una risilla nerviosa.

—Pero, hombre, ¿qué voy a hacer yo solo aquí?

—Usted, que tiene escopeta, aguáitelo, y en cuanto lo vea, péguete un tiro.

—Y Jorge, ¿dónde está?

—Está escondido en su pieza, armado con una barra de hierro.

—Capaz que mate al fantasma así...

Hacia allá se dirigió don Eleuterio, andando en puntillas —para no llamar la atención del ánima, según declaró después—. Don Jorge, que estaba al acecho, atisbando por el vidrio, lo vio venir y entreabrió la puerta:

—¿Es usted, don Eleuterio?

—Sí, yo soy. ¿Qué no me ve? ¿Y el fantasma?

—Ha desaparecido.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

Hablaban en secreto, como si fraguaran algo gordo.

—Yo voy a ir a despertar a Guillermo, que tiene un revólver Smith & Wesson legítimo. Usted quédese aquí aguitando al ánima y en cuanto la vea aparecer silbe-

me despacito, que ella no se entere... Hasta luego.

Y don Eleuterio se deslizó en la oscuridad, pegado a la muralla, andando a grandes y silenciosos pasos y llevando la escopeta preparada para disparar contra el primer bulto que se le pusiera por delante. Su ahijado Guillermo dormía en una de las habitaciones del lado derecho y él podía atravesar el patio para llegar más pronto, pero, como se había vuelto prudente, eligió el camino más largo.

Guillermo dormía a pierna suelta, dejando escapar unos ronquidos que aumentaban el bullicio formado por los gritos de los niños y la mujeres. Don Eleuterio tuvo que pegar en la puerta con la culata de la escopeta para lograr despertar a su ahijado.

-Levántate, hombre...

-¿Qué pasa, padrino?

-Que aquí en el patio anda un fantasma. ¿No lo has oído?

-No he oído nada.

-Claro, con tus ronquidos tienes bastante. Levántate. Guillermo salió, en camisa, armado de un gran revólver.

-¿Dónde está el fantasma?

-¿Quieres que te lo traiga aquí? Tenemos que buscarlo.

-¿Por dónde anda?

-Después que me saltó encima ha desaparecido.

-¿Y cómo es, padrino?

-Dicen que es largo, delgado, negro, ¡qué se yo! A

mí me tocó la cara con las manos. Respira como si se estuviera ahogando.

-¡Por la madre! ¿Y qué hacemos? ¿Vamos a buscarlo?

-Adónde lo vamos ir a buscar? ¿Al otro mundo? Esperémoslo aquí mejor.

-Oiga, padrino, y si es fantasma de verdad, ¿qué le vamos a hacer nosotros? Los tiros no le harán nada...

-Eso es lo que vamos a ver. Mira, tú ponte en aquella esquina del patio y yo me quedaré en ésta; en cuanto aparezca, ¡pum!, lo atravesamos.

-Y si es un fantasma, ¿qué hacemos?

-Entonces arrancamos y nos metemos a las piezas.

-¿Y si entra a las piezas?

El ahijado empezaba también a no tenerlas todas consigo.

-Si entra a las piezas... ¡Hummm! Te metes bajo la cama.

Segundos después los dos hombres estaban al acecho, mirando hacia el patio con ojos que parecían platos soperos. Empezó a llover en ese instante; sonaban las gruesas gotas sobre el tejado y un viento caliente pasó bramando sobre la casa, sacudiendo al pasar el apretado ramaje del saúco. Don Eleuterio se subió el cuello del sobretodo:

-No va a ser resfrío el que voy a pescar...

Don Jorge, que distribuía su tiempo entre palabras afectuosas dirigidas a los niños, con el ánimo de hacerlos callar, y miradas exploradoras hacia la negrura

del patio, no sabía lo que pasaba. ¿Qué se habría hecho don Eleuterio? ¿No se habría acostado y él estaría haciendo el ridículo, escondido detrás de la puerta, con la barra de hierro al hombro, como un centinela con su fusil? ¿Y don Carlos? ¿Habría muerto del susto o habría huido? No se atrevía a salir y esperaba la aparición del fantasma para abrir la puerta y silbar despacito, como conviniera con don Eleuterio.

Las hijas menores de doña Fortunata, que no tenían quién las apaciguara, pues dormían en una pieza comunicada, gritaban desaforadamente, sin saber lo que sucedía y sin saber por qué gritaban, contagiadas por los gritos que oían en la pieza contigua.

Don Carlos, por otra parte, que había logrado llamar a doña Fortunata asegurándole que el fantasma, si bien de apariencia horrible, no era peligroso, ya que a él le había saltado varias veces encima sin hacerle el menor daño, escuchaba detrás de la puerta los ruidos que venían del patio, pero, fuera del murmullo de la lluvia menuda y persistente, del viento y del bullicio de los gritos y lamentaciones, no oía nada que le indicara la existencia o proximidad de hombres. Ni una voz, ni un paso. ¿Qué pasaría? Este silencio aumentaba su tensión nerviosa y el miedo subía como una garrapata por su médula.

Mientras tanto, Guillermo, dando diente con diente de frío, y don Eleuterio, aburrido de mantener una posición que lo hacía semejar a una estatua de cazador, esperaban al fantasma. De repente, un trueno pro-

fundo rodó en el vértice de la tormenta; parecía que cien carros metálicos se arrastraban pesadamente sobre un empedrado de adoquines sueltos. Con el trueno se agrandó la gritería hasta tomar caracteres de chivateo indio. Tras el trueno, un relámpago vivísimo rasgó el cielo, iluminando la tierra como un sol que hubiera perdido su forma, alargándose. La luz blanca y violenta de la descarga eléctrica penetró por las rendijas de las puertas y ventanas, irradiando un instante en la oscuridad de las habitaciones y produciendo en todos una sensación horrible de espanto y haciendo callar a los que gritaban.

A la luz del relámpago vieron los dos hombres al fantasma. Surgía por el zaguán que conducía al segundo patio y avanzaba lentamente, mostrando su extraño cuerpo, su forma blanca, larga, delgada, que se prolongaba después en otra forma negra, larga y delgada también. Su aspecto era escalofriante por lo desacomunado. Aquello no podía ser otra cosa que una aparición sobrenatural, pues nunca habían visto ellos ni en cosas inanimadas ni en seres humanos ni en animales, algo parecido.

La claridad esparcida por el relámpago duró un breve instante, y cuando la sombra volvió a extenderse en el cuenco de la noche, los hombres, silenciosos, sintiendo que de cansancio y de temor las piernas ya no eran suyas, procuraron seguir, pestañeando rápidamente, la marcha del fantasma en la oscuridad. Éste avanzó hasta llegar al centro del patio, deteniéndose allí; estuvo

un momento inmóvil, luego hizo varios movimientos horizontales y repentinamente se irguió, alargándose hacia arriba en un elástico salto de animal. En ese mismo instante se oyó el trémulo silbido. Era Jorge, que anunciaba a don Eleuterio la reaparición del fantasma, y don Eleuterio, que apuntaba con un entusiasmo y justicia que no tuvo nunca, antes ni después, con ningún conejo ni con ningún zorzal, apretó el gatillo... Pero el tiro no salió. Gatilló presuroso y volvió a apretar... Pero el tiro no salió.

—Decía yo que esta friolera me iba a dar un disgusto el mejor día —murmuró haciendo un gesto de ira.

Pero una especie de ametralladora empezó a funcionar en la otra esquina del patio, y el fantasma, cogido por los disparos en un momento de inmovilidad, pateó abatirse, derrumbarse al fin silenciosamente. Y en el momento en que caía, don Eleuterio, que ya estaba pensando en tirarle con la escopeta al ánima, logró disparar; pero como el tiro salió de improviso, no tuvo tiempo para apuntar y la descarga hizo pedazos los vidrios de la habitación de las empleadas.

—¡Por fin! —exclamó, arrojando la escopeta contra el suelo.

—¡Traigan luces, traigan luces! ¡Ya matamos al fantasma! —gritaba Guillermo, ejecutando una especie de danza guerrera alrededor de uno de los pilares del corredor.

Y don Jorge apareció con un cabito de vela cuya manguada llama defendía con la palma de la mano



puesta como una ramada sobre ella. Se acercaron los tres, con precaución, hacia el fantasma, que yacía sobre el mojado suelo del patio, y lo que vieron fue el jarro de la leche, un jarro grande, largo, de cinco litros, y al final del jarro al perro *Zafiro* con la cabeza metida adentro.

Don Jorge cayó al suelo, saltando como un pejerrey recién pescado, presa de un ataque nervioso que lo hacía reír y llorar al mismo tiempo, y don Eleuterio y Guillermo, atacados de una risa que los sacudía violentamente, lo fueron a acostar a empujones.

Al día siguiente, acompañado de toda la familia y de algunos vecinos, don Eleuterio cogió de la cola al fantasma del patio y lo arrastró hacia la viña, donde se le iba a dar piadosa sepultura. Y como durante la noche el perro se hinchó de tal modo que fue imposible separarlo del jarro, fue enterrado con jarro y todo.

A las doce y media de la noche, Raúl González, que dormía en su pieza de interno del Hospital San Rafael, despertó violentamente. Se sentó en la cama y balanceó, medio dormido:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Nadie respondió... Esperó un momento, volvió a repetir la pregunta y obtuvo el mismo resultado. ¡Qué raro! En medio de su sueño había sentido claramente que alguien golpeaba la puerta llamándolo por su nombre.

“¿Habré soñado?”, se preguntó.

Echó una mirada a su alrededor. La habitación estaba débilmente alumbrada por el reflejo de la bombilla eléctrica del pasillo; el tragaluz, abierto; la puerta, cerrada; las sillas, el velador y la mesa guardaban la misma posición que tenían cuando él se acostó; en frente, entre la puerta y el rincón, se veía el ropero, juntas las sueltas hojas de su puerta, con su mismo aspecto de viejo asmático.

—¡Bueno! —murmuró Raúl González—. ¡Qué le vamos a hacer! Seguiremos durmiendo. Parece que he soñado.

Se acostó de nuevo; se acomodó bien en la cama, buscando su postura favorita para conciliar el sueño, y ya cerraba los ojos cuando oyó distintamente tres golpes que parecían dados con los nudillos de la mano sobre la pared.

—¡Esto sí que no es sueño, pues! —exclamó, sentándose de nuevo—. ¿Quién llama? —gritó con una voz fuerte, tan fuerte, que él mismo se asustó.

Una voz lejana respondió:

—Yo, Raúl, yo.

—¿Quién es yo?

—Yo, el *Cadáver* Guerrero —contestó la misma voz.

—¡Ah, eras tú, *Cadáver*! ¿Qué sucede?

—Ven un momento, por favor; me siento mal —le suplicaron.

Raúl González hizo un gesto de desagrado. ¡Bonita hora para enfermarse! ¿Qué tendría ese maldito *Cadáver*? Algún cólico, seguramente... Pero de pronto se acordó de algo que lo hizo dar un salto en la cama y echarse enseguida al suelo, buscando a tientas sus zapatillas. ¡Qué bruto era! Ahora recordaba...

El *Cadáver* Guerrero, o sea, Valentín Guerrero, interno del hospital, a quien llamaban por ese apodo a causa de su aspecto funerario, de su cuerpo delgadísimo y del color terroso de su piel, se manifestaba enfermo desde días atrás. Quejábase de dolores en la región del apéndice y del epigastrio, vahídos, mareos, náuseas, inapetencia, todo un cuadro clínico muy sospechoso. Sus compañeros diagnosticaronle:

—Tienes una apendicitis.

—O una colecistitis.

—Te sacarán el apéndice.

—Y la vesícula.

—Puede ser también una úlcera gástrica.

—Cuidado con la peritonitis.

Pero, a pesar de todos esos diagnósticos y pronósticos, que hubieran bastado por sí solos para matar a un hombre impresionable, aquella noche, a la hora de la comida, el *Cadáver* Guerrero se mostró muy alegre y muy despreocupado de sus dolencias; comió de todo y hasta se bebió media botella de vino, siendo inútiles las advertencias de sus camaradas de internado, que le aconsejaban, en vista de los dolores que sentía, no excederse en la alimentación.

—Nadie se muere más de una vez —contestó él, engullendo a más y mejor—. Y como yo ya soy el *Cadáver* Guerrero, no hay cuidado de que pueda cadaverizarme de nuevo.

Por lo desusada, su actitud llamó la atención. Generalmente, Valentín Guerrero hacía honor a su apodo, permaneciendo callado, pálido, línfático, hepático, frío, mientras los demás reían y charlaban.

—¡Y claro! —monologaba Raúl González mientras se ponía el sobretodo encima de la camisa de dormir—. El imbécil comió y bebió como un cerdo, y ahora estará con unos horribles dolores, tendrá náuseas, tal vez vómitos y quizás... quizás...

No se atrevió a seguir: lo que veía después de aquel

repetido quizás era verdaderamente trágico. Abrió la puerta, salió y se deslizó por el pasillo haciendo sonar las zapatillas sobre el parquet. Llegó a la puerta de la habitación del *Cadáver* Guerrero, situada junto a la suya, abrió y entró. La pieza estaba a oscuras.

—Prende la luz —murmuró una voz muy débil.

Dio vuelta el conmutador y miró hacia la cama. El corazón se le encogió de angustia. Allí estaba el *Cadáver* Guerrero, acostado, con el amarillento rostro vuelto hacia el techo, entreabiertos los descoloridos labios, dejando ver los desiguales y afilados dientes, y el tieso cabello en desorden, pegado sobre la alta frente. Raúl González, trémulo, se acercó al lecho.

—¿Qué te pasa, ñaito? —tartamudeó.

Guerrero entreabrió los transparentes párpados, lo miró vagamente y respondió:

—Dolores..., vómitos, fiebre... Me muero. Creo que se me ha perforado el apéndice.

Cerró los ojos, exhaló un agudo suspiro y no agregó una palabra más.

Raúl González sintió que su camisa de dormir tomaba proporciones infinitesimales. Se quedó allí parado, aturdido, sin saber qué hacer ni qué pensar. Seguramente, si se hubiera tratado de un enfermo extraño, y como casi médico que era, no le sucediera eso: pero un amigo enfermo, a esa hora, en ese sitio...

De repente, *Cadáver* Guerrero sacó de entre las ropas un velludo y esquelético brazo y, alargando y encogiendo los perfilados dedos, pareció llamarlo. Se acercó.

—¿Qué quieres? —preguntó, en voz bajísima, como si se dirigiese a un moribundo que desease confiarle su última voluntad.

—Llama, por favor —contestó el enfermo, también en voz baja, tan baja que parecía exhalar con ella el último aliento.

Raúl González salió al pasillo y recorrió rápidamente las piezas de sus compañeros, llamándolos.

—¡Oye! —decía en voz alta, golpeando la puerta.

Los internos despertaban asustados, preguntando:

—¿Qué ocurre?

Y oían la siguiente respuesta:

—El *Cadáver* Guerrero se está muriendo. Levántate. Poco a poco el internado fue cobrando animación, y diez minutos después, en el pequeño cuarto del *Cadáver* Guerrero no cabía un alfiler más, de tal modo se repletó de gente. Había allí veinticinco o treinta internos, médicos nonatos, que alargaban el pescuezo para contemplar al enfermo, que continuaba presentando su aterrador aspecto: el rostro demacrado, los labios entreabiertos, el cabello en desorden, los ojos hundidos, inmóviles, verdosos.

—Parece que ya se estuviera pudriendo —dijo alguien en voz baja.

Raúl González, situado en el centro del semicírculo que rodeaba al enfermo, contó tres o cuatro veces lo sucedido, y parecía dispuesto a contarlo nuevamente cuando un interno llamó la atención de todos, exclamando:

—¡Miren! —al mismo tiempo que levantaba el cobertor de la cama, que aparecía cubierto de un líquido viscoso, salpicado de manchas blancas y rojas.

—Son vómitos.

—¡Pobre *Cadáver!* —exclamó uno—. Ni siquiera tuvo tiempo de sentarse en la cama.

Ante ese espectáculo y ante esas palabras, que parecían referirse a una persona ya muerta y sepultada, un sincero sentimiento de piedad brotó en el corazón de cada uno de los presentes, quienes querían y apreciaban mucho al *Cadáver Guerrero*, porque el *Cadáver Guerrero*, a pesar de su aspecto de ultratumba, que hacía pensar, a primera vista, en un espíritu atravesado y agrio, era un hombre simpático, generoso, de excelente carácter. Jamás se enojaba por las bromas que le hacían; era respetuoso, servicial y atento. Prestaba sus libros y apuntes de medicina a todo aquel que se los solicitara, y sus bolsillos estaban siempre llenos de cigarrillos y de monedas que obsequiaba o prestaba a los compañeros más pobres.

El recuerdo de estas cualidades y de estas virtudes provocó un silencio emocionante en la habitación. Y este silencio hubiérase prolongado hasta el deceso del enfermo, si una voz fuerte, imperiosa, una voz venida desde el límite exterior del semicírculo, no lo hubiera roto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó aquella voz.

Los internos volvieron la cabeza. En el hueco de la puerta se veía a dos personas, dos hombres: el gringo Schelling y Romualdo Rodríguez, internos también del

hospital, que a esa hora volvían de su guardia por las salas del hospital, la última que hacían, pues al día siguiente abandonarían el internado para ir a ejercer su profesión de médicos, el uno a una salitrera y el otro a su provincia natal.

—El *Cadáver Guerrero* está enfermo —respondieron algunos.

—A ver; déjennos pasar.

El semicírculo se abrió, respetuosamente. Todos guardaban consideración al gringo Schelling, delgado, enérgico, ojos claros, rosada la cara de aire extranjero, muy serio, que había sido el mejor alumno de su curso y que prometía ser un hábil e inteligente cirujano. No pasaba lo mismo, en cambio, con Rodríguez, especializado en enfermedades de trascendencia social, hombre ladino, socarrón, cuadrado de cuerpo, aindiado el rostro, ojos vivaces y pequeños, boca grande y risueña, que había sido durante su internado el terror de los internos por las pesadas bromas que solía gastar.

Llegado junto al enfermo, el gringo Schelling puso le una mano sobre la frente y le preguntó:

—*Cadáver*, ¿qué tienes?

En voz baja el paciente explicó sus dolencias y temores. Dolores, vómitos, fiebre...

El gringo Schelling y Rodríguez examinaron detenidamente al enfermo: palparon con cuidado la región dolorosa y sus alrededores, tomaronle el pulso, auscultaronle el corazón, echaron una mirada de reojo al colector manchado y diagnosticaron a dúo:

—Apéndice perforado. Hay que proceder inmediatamente.

Y en seguida el gringo Schelling, volviéndose hacia los internos que presenciaban en silencio la escena, les dijo con voz dura:

—Y ustedes, idiotas, ¿qué hacen aquí? ¿No saben aún lo que hay que hacer en casos como éstos? ¿Qué clase de doctores van a ser ustedes, que ven a un hombre con el apéndice perforado y se quedan plantados como postes? ¡Hay que operar inmediatamente! Después de la perforación del apéndice sobreviene la peritonitis y...

Y el gringo Schelling largó una serie de términos, todos tan técnicos, terriblemente técnicos, que parecían inventados por él en ese momento, dejando con ellos apabullados a los internos, la mayoría de los cuales empezaban su año de práctica médica.

Tras él tronó Rodríguez:

—¡A ver! Dos hombres que vayan a buscar al doctor Ramírez; está en el Pensionado y es el único cirujano que hay en este momento en el hospital. Otros tres hombres a preparar el instrumental, y cuatro que se queden aquí para transportar al enfermo. Los demás pueden irse a dormir.

Pero nadie pensaba en esto último. Apenas terminó Rodríguez de hablar, veinte hombres salieron corriendo por el pasillo, gritando, cerrando de golpe las puertas, saltando de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, tropezando, cayendo y desparramándose en

seguida a través de los patios del hospital, sembrando la alarma por todas partes.



Veinte minutos después, el instrumental estaba parado, y el doctor Ramírez, sacado casi violentamente de su cama, esperaba ya en la clínica. Los internos aguardaban una señal del gringo Schelling para cargar con el paciente.

—¿Ya estamos? —preguntó éste—. En marcha.

El *Cadáver* Guerrero fue levantado de su lecho, delicadamente, como si se tratara de un objeto de lujo, frágil, y colocado en la camilla. Bien abrigados los flácidos miembros, fue sacado de la habitación y transportado hasta el principio de la escalera, paso esbrososo para un enfermo como él, tan grave.

—¡Vamos a ver! —dijo Rodríguez, con aire de jefe de expedición—. Vamos a bajar con mucho cuidado, procurando que el enfermo no sufra sacudidas bruscas, que agravarían su estado. Yo me voy a situar al final de la escalera y mandaré la maniobra. Cuando diga: ¡uno!, todos bajarán el pie derecho al peldaño siguiente, y cuando ordene: ¡dos!., reunirán el pie izquierdo con el derecho. ¡Atención!

La organización del descenso era excelente, pero el resultado no correspondió a ella. A la primera orden, algunos se equivocaron de pie y el enfermo sufrió una sacudida que le arrancó gritos de dolor.

—¡Pero no sean brutos! —gritó Rodríguez—. He dicho el pie derecho primero, no el izquierdo. Tendré que explicarles de nuevo.

Subió a saltos la escalera y pretendió volver a explicar su programa, pero fue interrumpido por la violenta discusión que durante varios segundos sostuvieron los que cargaban con el doliente:

- Éste tuvo la culpa.
 - ¿Yo? Si he bajado el pie izquierdo primero.
 - Por eso mismo, imbécil.
 - ¡El imbécil eres tú!
 - ¡No griten, que van a despertar al *Cadáver!*
- Una carcajada hizo temblar los vidrios de la galería.
- Además, somos tantos los que vamos aquí, que nos estorbamos unos a otros en lugar de ayudarnos.
 - Claro, doce hombres para transportar a uno.
 - No tocamos ni a diez centímetros cuadrados cada uno.
 - Y con lo poco que pesa esta lombriz solitaria.
 - ¡Idiota! No hables así de un enfermo.
 - ¡No me llames tantas veces idiota! Me pones nervioso.
 - ¡Silencio, señores! —intervino el gringo Schelling—. No nos pongamos a discutir, porque si no, en lugar de llevar al enfermo a la sala de operaciones, tendremos que seguir de largo e ir a dejarlo al depósito. Lo importante es llegar pronto y como mejor podamos. ¡Andando!

Continuaron bajando la escalera. Rodríguez, situado al final de ella, seguía gritando:

—¡Uno! ¡Dos!

Pero estas voces de orden no eran escuchadas. En medio de los trágicos quejidos del enfermo, llegó la caravana al pie de la escalera, dio vuelta por el pasillo y desembocó en el primer patio del hospital. Era noche de verano, con luna, clara y tibia. El ancho patio, los caminos, los árboles, las fuentes, todo estaba sumido en una luz lechosa, manchada únicamente por las sombras que provocaba la misma luz. Los estudiantes, abrigados con sus oscuros sobretodos, cayeron en esa luz de fines de diciembre como un enjambre de negros mariposones nocturnos en una fuente llena de leche. Por debajo de los abrigos veíanse los flácidos faldones de las camisas de dormir o los arrugados pantalones de los pijamas. Las desnudas piernas de algunos salían como avergonzadas de las pantuflas y zapañillas. Todos desgreñados, perdida ya en parte la fuerte impresión de los primeros instantes, hablaban a gritos, enérgicamente; cada uno de ellos sentía el salvador del compañero enfermo. La pasión de la ciencia, tan fuerte y tan honda como cualquiera otra pasión, empezaba a dominarlos. Tenían que defender a ese camarada, salvarlo de la muerte a costa de lo que fuese; la cirugía era casi infalible, y si no bastaba para salvarlo el extirparle el apéndice, se le extirparía lo que hiciera falta. ¡Y cómo no!

El entusiasmo iba en aumento. ¡Loable interés sentido por un amigo!

Sin embargo, muchos de ellos no habían presenciado todavía una operación hecha en carne viva. No

habían trabajado más que en cuerpos insensibles, indefensos, muertos, donde el bisturí corta, abre, charquea, sin encontrar estremecimientos ni reacciones, sin que brote una gota de sangre caliente ni fría. Ignoraban aún el sentimiento de angustia y de fatiga que produce el ver alzarse, armada con el inquietante bisturí, una mano enguantada que desciende después sobre el campo operatorio, abriendo en la piel una delgada y larga huella, de la cual brota ciegamente la sangre, la terrible sangre. Quién sabe si la expectativa de contemplar este espectáculo, anhelado y temido a la vez, no influía en ellos, más que otro sentimiento, para aumentar el interés que demostraban por el enfermo.



A través de los patios se deslizaba el compacto y oscuro grupo. Durante el trayecto hacia la clínica, Raúl González encontró otra nueva ocasión para contar nuevamente, hablando a gritos, pues era difícil hacerse oír, lo sucedido. Los veladores y los practicantes, alarmados ya por las carreras de los que fueron a preparar el instrumental, salían a inquirir lo que sucedía.

—¿Qué pasa? —interrogaban.

—Vamos a operar al *Cadáver* Guerrero —contestaban todos a una.

Los enfermos febriles, los moribundos, los graves, oían en medio de sus delirios aquellas voces y aquellas

palabras y las unían en seguida a sus fantasmas y visiones, forjándose con ello espantosas pesadillas.



La sala de operaciones de la clínica, con su aspecto frío, su amplitud y sus altas y desnudas paredes, apagó un poco los ánimos y acalló un tanto las palabras vehementes.

—Colóquelo ahí —dijo el grigo Schelling, señalando la mesa de operaciones.

El *Cadáver* Guerrero fue instalado en ella cuan largo y flaco era. Había llegado el momento. El doctor Ramírez, de pie junto a la mesa, vestido de punta en blanco, silencioso, hermético, como corresponde a un apóstol de la ciencia en funciones, completamente aséptico, calzados los guantes de goma, con su gorrito blanco y cubierto el rostro con el antifaz, ofrecía una figura original, imponente por su albura, su adustez y su silencio.

Cerca de él, colocado en grandes fuentes niqueladas, estaba el instrumental, brillando sus metales bajo la luz fuerte de los focos, deslumbrante de limpieza, escalofriante en su simplicidad de acero.

Al fondo de la sala se veía el anfiteatro, sitio que los estudiantes ocupaban durante las clases, pero que en ese instante aparecía oscuro y desierto, contribuyendo, con su soledad y oscuridad, a aumentar el grave y severo aspecto de la sala.

habían trabajado más que en cuerpos insensibles, indefensos, muertos, donde el bisturí corta, abre, charquea, sin encontrar estremecimientos ni reacciones, sin que brote una gota de sangre caliente ni fría. Ignoraban aún el sentimiento de angustia y de fatiga que produce el ver alzarse, armada con el inquietante bisturí, una mano enguantada que desciende después sobre el campo operatorio, abriendo en la piel una delgada y larga huella, de la cual brota ciegamente la sangre, la terrible sangre. Quién sabe si la expectativa de contemplar este espectáculo, anhelado y temido a la vez, no influía en ellos, más que otro sentimiento, para aumentar el interés que demostraban por el enfermo.



A través de los patios se deslizaba el compacto y oscuro grupo. Durante el trayecto hacia la clínica, Raúl González encontró otra nueva ocasión para contar nuevamente, hablando a gritos, pues era difícil hacerse oír, lo sucedido. Los veladores y los practicantes, alarmados ya por las carreras de los que fueron a preparar el instrumental, salían a inquirir lo que sucedía.

—¿Qué pasa? —interrogaban.

—Vamos a operar al *Cadáver* Guerrero —contestaban todos a una.

Los enfermos febriles, los moribundos, los graves, oían en medio de sus delirios aquellas voces y aquellas

palabras y las unían en seguida a sus fantasmas y visiones, forjándose con ello espantosas pesadillas.



La sala de operaciones de la clínica, con su aspecto frío, su amplitud y sus altas y desnudas paredes, apareció un poco los ánimos y acalló un tanto las palabras vehementes.

—Colóquenlo ahí —dijo el grigo Schelling, señalando la mesa de operaciones.

El *Cadáver* Guerrero fue instalado en ella cuan largo y flaco era. Había llegado el momento. El doctor Ramírez, de pie junto a la mesa, vestido de punta en blanco, silencioso, hermético, como corresponde a un apóstol de la ciencia en funciones, completamente aséptico, calzados los guantes de goma, con su gorrito blanco y cubierto el rostro con el antifaz, ofrecía una figura original, imponente por su albuira, su adustez y su silencio.

Cerca de él, colocado en grandes fuentes niqueladas, estaba el instrumental, brillando sus metales bajo la luz fuerte de los focos, deslumbrante de limpieza, escalofriante en su simplicidad de acero.

Al fondo de la sala se veía el anfiteatro, sitio que los estudiantes ocupaban durante las clases, pero que en ese instante aparecía oscuro y desierto, contribuyendo, con su soledad y oscuridad, a aumentar el grave y severo aspecto de la sala.

Dos minutos después de haber entrado, nadie hablaba ya en voz alta, nadie reía. Todos bajaron la voz y hablaban como en secreto, mirando al doctor, el anfiteatro, al enfermo, el instrumental.

—¿Han examinado ya al enfermo? —preguntó gravemente el doctor Ramírez.

—Sí, doctor; se trata de un apéndice perforado.

—¿Hay antecedentes?

—Sí, doctor; el diagnóstico no puede fallar.

—Bien; operaremos bajo su responsabilidad, doctor Schelling.

—Perfectamente.

—Preparamos al enfermo.

—Necesito dos ayudantes —dijo Schelling—. ¿Algunos de ustedes han ayudado a operar otras veces?

—Yo, yo —dijeron aisladas voces.

—Bien; a ver tú, Raúl González, y tú, Pato Mardones; en ese cajón hay una navaja, un hisopo y un jabón. Aféitenle el abdomen hasta el pubis al enfermo y hánganle después una asepsia rigurosa, como se acostumbra. Yo me prepararé entretanto.

Pato Mardones, con su apodo parecía indicarlo, era un joven de muy baja estatura: apenas llegaba al nivel superior de la mesa de operaciones.

—Pero este joven va a tener que encaramarse a un taburete para ayudarnos —objetó el doctor.

—No; él se las arregla subiéndose a los travesaños de la mesa —contestó Rodríguez.

Pato Mardones, que en ese instante se sentía un mayó

en miniatura, dirigió una mirada perforante a Rodríguez; después, armado del hisopo, procedió a embadurnar de jabón el abdomen del *Cadáver* Guerrero. Éste, entretanto, inmóvil en la mesa de operaciones, parecía mirar, a través de los semicerrados párpados, los refulgentes focos de la sala. No decía nada, no se quejaba, no se movía, su rostro estaba como siempre. y esta inmovilidad y este silencio llamaban la atención, pues, generalmente, los enfermos que van a ser operados hablan, hacen preguntas sobre la operación, sus posibles resultados; si los anestesiarán con cloroformo, con éter o con raquídea; si la operación no se transformará en autopsia, etc. Pero ese enfermo no decía nada...

Una vez que le fue rasurado el abdomen, se le hizo en el mismo una fricción con bencina, encima de ésta una de alcohol, y luego, con un ancho pincel, se le extendió en toda la región una gruesa capa de yodo.

El enfermo, al sentir la fuerte picazón del yodo, hizo un movimiento de impaciencia y los músculos de la cara se le recogieron, como reteniendo una violenta expresión.

—Listo, doctor —anunciaron González y Mardones.

—Bueno —dijo entonces el gringo Schelling—. Nos encontramos ahora ante un problema: no hay más que dos pares de guantes disponibles, los que tiene puestas el doctor y los que usará yo. ¿Cómo se las van a arreglar los ayudantes?

Todos se miraron entre sí, esperando del vecino la solución del problema.

—Es muy sencillo —respondió el doctor Ramírez—. Bastará que estos jóvenes consientan en hacer un sacrificio por el compañero enfermo.

—Diga, doctor; estamos dispuestos a todo con tal de salvar al *Cadáver* Guerrero.

Un murmullo de simpatía y admiración salió del semicírculo.

—Perfectamente. Procedan a lavarse minuciosamente las manos y los brazos y luego hagan lo que hicieron en el abdomen del paciente: una fricción de bencina, otra de alcohol y una capa de yodo, todo ello desde las uñas hasta el codo. Tendrán que sacarse los abrigos.

Aunque la perspectiva de quedar en camisa de dormir, delante de un público tan numeroso como irónico, no era muy halagüeña, Pato Mardones y Raúl González, heroicamente, accedieron. Pasaron a otra pieza, se sacaron los abrigos y, ayudados por varios camaradas, hicieron lo que se les había indicado. Diez minutos después reaparecieron. Al verlos, el gringo Schelling, el doctor Ramírez y Rodríguez tuvieron que hacer esfuerzos para no lanzar una carcajada. Con el pelo en desorden, en camisa, las piernas desnudas y los brazos enyodados hasta el codo, más parecían dos albañiles que dos ayudantes de cirugía.

—Bravo, muchachos —exclamó el doctor.

—Manos a la obra.

—¡Atención!

—¿La máscara del éter?

—Aquí está.

—¿Sabes dar anestesia, Rodríguez?

—Sí, doctor, aunque no soy cirujano.

—Toma la mascarilla. Cuidado, ¿eh? No aprietes mucho. El enfermo es de gravedad.

—¡Un momento! —gritó Schelling.

Este grito asustó a todos.

—¿Qué pasa, hombre?

—Voy a ponerle una inyección de éter.

Volvióse hacia una mesita, tomó una jeringa, la llenó de un líquido que parecía agua y dirigiéndose al enfermo frotóle el hombro con un algodón empapado en alcohol, metió la aguja y apretó el émbolo hasta vaciar la jeringa.

—En mi vida he visto un enfermo más tranquilo —comentó.

—¿Ya?

—Sí.

—Anestésienlo.

Rodríguez colocó la mascarilla sobre la cara del enfermo.

—*Cadáver* —dijo.

—¿Qué? —preguntó Guerrero con voz muy lejana.

—Respira fuerte.

Guerrero aspiró violentamente y expelió, después, silbando, el aire aspirado. Estuvo así un momento, un momento en que se oyó volar una mariposa alrededor de los focos, y de pronto, en medio del espanto de los que observaban la escena desde el semicírculo, el enfermo hizo una contracción violenta con los brazos,

alzó el pecho, recogió el abdomen y dejó escapar un grito sofocado.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor.

—Parece un síncope respiratorio —contestó Schelling.

—¡Retire la mascarilla!

—Pero ¿qué has hecho, Rodríguez?

—No es nada —respondió éste.

—¿Cómo nada! Casi has ahogado al enfermo. ¿No te dije que apretaras despacio?

—Sí; pero se me pasó la mano.

La tensión nerviosa de los estudiantes se desahogó en improperios contra Rodríguez:

—¡Qué bruto! ¡Qué animal! ¡Le dicen que no apriete mucho y hace lo contrario! ¡Eso es éter, caballo, y no cerveza!

—¡Bueno, silencio!

—¡Es que no hay derecho para ser tan bestia!

Por fin, después de un rato, restablecidos el silencio y el orden, el enfermo fue anestesiado. Así lo verificó Schelling, levantando los párpados del *Cadáver* Guerrero y observándole los ojos.

—Ya está.

—Bien. ¿Están listos los algodones, las pinzas, las tijeras? —preguntó el doctor.

—Todo preparado.

—Ha llegado el momento.

El doctor cogió el bisturí, examinó detenidamente el filo, luego se inclinó sobre el enfermo, alargó el brazo y...

—¡Pero este hombre no tiene carne ni para darle un tajo! —exclamó.

Bromeaba. Claro, la costumbre. En cambio, los demás, fuera de Schelling y Rodríguez, no tenían ganas de bromear. Algunos estaban pálidos, otros trémulos, otros transpiraban y más de uno sentía que el estómago se le subía a la garganta. Esperaban el terrible momento del tajo y de la sangre. Raúl González estaba más blanco que su camisa; Pato Mardones aparecía más chico de lo que comúnmente era.

En el momento en que el doctor pareció decidirse a efectuar la incisión, se formó un tumulto en el semicírculo que rodeaba la mesa: un estudiante cayó al suelo, víctima de una fatiga.

—¡Llévenlo fuera! Con el aire se le pasará.

El muchacho fue llevado fuera y sentado en un banco del patio. Los que lo llevaron volvieron precipitadamente a la sala; no querían perder el espectáculo.

—¡Alerta! —exclamó el cirujano—. ¡Ahora sí que es cierto!

Pero cuando ya bajaba el brazo, Rodríguez gritó con voz tremenda:

—¡Levántate, *Cadáver*!

Entonces, en medio de la estupefacción general, el *Cadáver* Guerrero se sentó en la mesa, buscó un momento entre su camisa y sacando un cartón blanco lo levantó en el aire. En aquel cartón estaban escritas estas extrañas palabras: "28 de diciembre. Día de los Inocentes".

Hecho esto se bajó de la mesa y antes que nadie pudiera impedirselo, salió corriendo a largas zancadas. La sorpresa duró sólo un brevisimo instante, pues alguien gritó:

—¡Claro, imbéciles! ¡Si hoy es el Día de los Inocentes! Nos han tomado el pelo.

Y toda la horda salió corriendo y gritando detrás del *Cadáver Guerrero*. ¡Qué paliza le iban a dar! El muchacho que sufriera la fatiga y que recién volvía de ella, al ver a todos correr y gritar, sin saber qué pasaba, echó a correr también detrás de ellos, aterrorizado. En la clínica sólo quedaron el doctor Ramírez, Rodríguez y Schelling, revolcándose de la risa.



Guiándose por la blancura de la camisa de dormir del *Cadáver Guerrero*, la turba lo siguió a través de los patios, gritando, saltando, aullando. El *Cadáver Guerrero* subió a saltos la escalera, corrió por el pasillo y se metió al comedor, encendiendo todas las luces. La horda venía pisándole los talones y allá se fue tras él. Pero a medida que los muchachos entraban al comedor, las amenazas se trocaban en frases de admiración y los gritos de rabia en carcajadas. En el centro del comedor veíase la ancha mesa, servida opíparamente, y arriba de ella, en camisa de dormir, el *Cadáver Guerrero* sostenía un listón con un letrero que decía:

“Banquete y fiesta preparados por el *Cadáver Guerrero*, el doctor Rodríguez y el gringo Schelling en conmemoración del Día de los Inocentes y en honor de los dos últimos, que se ausentan mañana del hospital”.

El *Cadáver Guerrero*, en medio de un espantoso chivato, fue paseado en andas alrededor de la mesa.

UNA CARABINA Y UNA
COTORRA



Hay seres que nunca harán nada digno de mirar o de considerar. En la mayoría de los casos, no será suya la culpa: no han tenido preparación ni oportunidad para ello, o la vida se les ha presentado de tal forma, que apenas les ha permitido luchar para subsistir, es decir, para trabajar, es decir, para pelear diariamente y durante horas, ocho, diez o doce, con los más heterogéneos y extraños elementos: con el barro, el que hace adobes; con grasientas y ensangrentadas piltrafas de cuero de animal, el curtidor; con maderas, clavos y duras herramientas, el carpintero de obra; con trozos de suela y con zapatos viejos y malolientes, el zapatero; con una manivela que debe hacer girar incansablemente o con una bocina que debe tocar diez, cien, mil veces al día —muchas veces sin necesidad y sólo por hábito—, el conductor de vehículos motorizados; con fríos hierros, potes de grasa y tarros de aceite, el mecánico; con un escobillón, un tarro y un carretón hirviente de moscas, el basurero... ¿A qué seguir? La lista de trabajadores es interminable, así como es interminable el número de oficios que desempeñan. ¿Qué tiempo, qué oportunidad? Sin olvidar que el contacto diario y durante

años con el barro, los cueros, las maderas, la manivela, los hierros y el carretón repleto de basura terminan por dar a su personalidad una condición semejante a la que esos elementos tienen.

Algunos logran, a veces, hacer algo. ¿Cómo? No se sabe y casi no se explica, pero lo hacen. En la mayoría de los casos no son hechos extraordinarios. Lo extraordinario está en que, dada su condición, hayan podido realizarlo.

Siempre recuerdo lo que alguien contaba sobre el indio que allá en Tierra del Fuego venía periódicamente a pedirle la carabina.

—Préstame tu carabina, patrón.

—Llévala.

Le daba el arma y dos proyectiles, y el indio —Juan, Domingo, Santiago, o sin nombre alguno— regresaba dos o tres días después, llevando sobre su desnuda espalda un cuero de guanaco y un cuarto del mismo animal. Además, el arma y la bala sobrante.

—Toma tu carabina. Guanaco gordo, cuero very well. Good bye, patrón.

Sabía inglés, y español, aunque ignoraba cuál era el español y cuál el inglés.

Un día, mientras el patrón la usaba, la carabina se descompuso. Se atrancó, algo se le aflojó o algo se le apretó, lo mismo daba: el patrón la miró y la remiró, forcejeó aquí, le echó grasa allá; inútil. Cuando el indio volvió, le dijo:

—No hay carabina.

—Guanacos gordos, patrón.

—Carabina mala.

El indio volvió dos o tres veces. Su mirada era cada vez más triste.

—Carabina mala.

No tenía tiempo para llevarla a algún armero de Punta Arenas. Después de varias visitas del indio, se dio cuenta de que ocurrían dos cosas: primera, el indio se moría de hambre; segunda, no entendía lo de que la carabina estuviere mala; creía, sencillamente, que no quería prestársela. Eso le dolió, y en la primera visita le entregó, como siempre, el arma, con los dos proyectiles. Mejor sería que se convenciera por sí mismo.

El indio se fue casi corriendo. Volvió, dos o tres días después, con dos cueros de guanaco, un cuarto de animal, la carabina y la bala sobrante.

—Toma tu carabina. Guanacos gordos, cueros macanudos. Chao, patrón. Sabía también un poco de italiano.

El patrón estuvo dos o tres días con la boca abierta: la carabina funcionaba como si acabara de salir de la fábrica. El indio la había arreglado. ¿Cómo? Sabría tanto de mecánica como de propedéutica y no tendría la más insignificante herramienta; quizás poseería un anzuelo; ¿pero quién ha arreglado jamás una carabina con un anzuelo? Cuando el indio volvió de nuevo, el patrón le entregó el arma y las dos balas, sin atreverse a preguntarle nada: estaba seguro de que no habría sabido explicarle cómo la había arreglado. El indio, por su parte, no lo

intentó. Quizá no podía. La lucha por la vida le había impedido aprender a pensar y a expresarse.



Pedro Lira no había arreglado jamás una carabina y nunca tuvo un anzuelo. Todo en él y en su hogar estaba desarreglado: las sillas estaban cojas, la puerta no cerraba y apenas si se abría; la ventana no tenía vidrios, la cama permanecía siempre a medio hacer, el piso de la habitación estaba siempre sucio y la vajilla, hecha añicos. Él era como su cuarto, con bigote además, un bigote que parecía estar siempre empapado en vino. Su mujer era un atado de trapos que se movía, un atado de trapos que hacía la comida, lavaba la ropa y se quejaba cuando Pedro Lira quizás para cerciorarse de que debajo de eso que se movía había algo más que trapos, le dejaba caer encima un palo o un puñetazo. ¿De qué vivía? Era comerciante: compraba escobas en una fábrica y las vendía por las calles; con el dinero que obtenía compraba de nuevo escobas y las volvía a vender; con el dinero..., etcétera. Las ganancias le permitían mantener cojas las sillas, a medio abrir y a medio cerrar la puerta, sin vidrios y la ventana, sucio el piso, hecha polvo la vajilla. Además, húmedo el bigote y en movimiento el atado de trapos. No tenía hijos.

Lo único estimable en su cuarto era la mesa, no por su estilo, no por su madera, no por su barniz. Lo era por

su tamaño, demasiado grande para el cuarto, y porque sobre ella solía moverse lo único hermoso que hubo en la vida de Pedro Lira, lo único que quizá justificó su triste y destartalada existencia de comprador y vendedor de escobas: una cotorra.

Yo tenía, por esos tiempos, una estatura que sobrepasaba sólo por escasos centímetros la altura de la mesa, diferencia a mi favor que me permitía mirar de pie lo que ocurría sobre aquel mueble. Digo de pie porque Pedro Lira jamás me invitó a que me sentara. Quizá pensaba que no era de mi gusto hacerlo o quizá tenía la sospecha de que, como él, no tenía fe en sus sillas. Parado allí, miraba.

Pedro Lira, sentado en una de las sillas —las conocía mejor que yo—, iniciaba sobre la mesa, con sus largas y negras uñas, un repiqueteo parecido al de un tambor. La cotorra, que vagaba por el cuarto o por el patio buscando qué comer o que subía y bajaba, interminablemente, por los palos o guías del parrón, se detenía: era una llamada, una llamada para ella sola. Si el repiqueteo persistía o aumentaba de intensidad o si al golpe de la uñas se unía el golpear de los nudillos sobre la mesa, abandonaba todo, el palo, la guía o el trozo de papa cocida que picoteaba, y corría hacia la puerta de la pieza de Pedro Lira, colábase por ella y, acercándose a la mesa, se detenía junto a uno de los derrengados zapatos del vendedor ambulante. Allí esperaba. El repiqueteo aumentaba en profusión e intensidad. Pedro Lira, transfigurado, brillantes los ojos, erguido el cuer-

po, casi seco el bigote, olvidado de las sillas desven-
cijadas, de las escobas amontonadas en un rincón del
cuarto, de la ventana sin vidrios, del piso sucio y de
la vajilla hecha harina, olvidado también del atado de
trapos, ignoraba a la cotorra, que allí, a sus pies, levan-
tada la cabecita, le miraba con la expresión del niño
que espera que su padre o su abuelo lo tomen en bra-
zos, izándolo. Llegaba un momento, sin embargo, en
que ya no se podía esperar más: el repiqueteo alcanza-
ba intensidad sobrecogedora; el redoble del tambor se
convertía en un rumor de caballos lanzados a la carga,
y en medio del trepidar de los cascos se escuchaba algo
como el explotar de gruesos proyectiles. Una voz venía
a dominar el tumulto:

—¡Atención!

En ese momento la cotorra, bajando la cabecita,
daba fuertes picotazos sobre el zapato de Pedro Lira,
quien, sin torcer el cuerpo ni mirar hacia abajo, dejaba
caer uno de sus brazos y ponía a ras del suelo, estirado
el dedo índice, la oscura mano. En aquel dedo, con la
rapidez de quien salta a un tren en movimiento, se en-
caramaba la cotorra. El brazo subía y se posaba de nue-
vo sobre la mesa, sobre la cual la cotorrita descendía y
en la que quedaba inmóvil, erguida, esperando.

El repiqueteo cesaba, bruscamente. Pedro Lira, re-
cogiendo hacia el cuerpo los brazos que reposaran so-
bre la mesa, gritaba:

—¡Atención! ¡Firmes!

Miraba hacia lo lejos, ajeno ya a todo, dominado

también por aquella voz que surgía, inesperadamente,
de él, aquella voz marcial y estentórea, tan diversa de
la monótona que usaba al ofrecer su mercadería: “¡Va a
querer las escobas, las buenas escobas, caserita!”

La cotorra estaba más inmóvil y más erguida.

—¡Soldados: la contienda es desigual! ¡Vivir con
gloria o morir con honor! ¡Adelante! ¡De frente! ¡Mar-
chen!

Se reanudaba el repiqueteo, otra vez como el del
tambor que marca un compás de marcha, repiqueteo
que Pedro Lira, mirando ahora fijamente a la cotorra,
matizaba con sonoros ¡rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán!,
dando al mismo tiempo, con las muñecas, golpes que
imitaban la percusión más profunda del bombo. Tam-
bor, timbal y bombo... Sólo faltaba el clarín.

La cotorra, puesta también en trance, recta la posi-
ción, iniciaba el desfile del imaginario batallón lanzado
a la muerte. Sus pasos, más largos que de costumbre,
seguían el compás de la marcha, y allí, toda verde cla-
ro, la garganta, el pecho, el abdomen y la cola con dul-
ces reflejos azulados, fileteada de amarillo aquí y allá,
rosado el pico y de color carne las patas, no mayor toda
ella que la cuarta de la mano de un hombre, parecía,
marchando sobre la amplia mesa llena de manchas, un
animado y breve resplandor de hojas nuevas. A veces,
en aquellas partes en que la mesa no tenía manchas, so-
lía resbalar, perdiendo un poco el paso, que recuperaba
inmediatamente. Centímetros antes de llegar al filo de
la mesa, la sorprendía el grito:

po, casi seco el bigote, olvidado de las sillas desven-
 cijadas, de las escobas amontonadas en un rincón del
 cuarto, de la ventana sin vidrios, del piso sucio y de
 la vajilla hecha harina, olvidado también del atado de
 trapos, ignoraba a la cotorra, que allí, a sus pies, levan-
 tada la cabecita, le miraba con la expresión del niño
 que espera que su padre o su abuelo lo tomen en bra-
 zos, izándolo. Llegaba un momento, sin embargo, en
 que ya no se podía esperar más: el repiqueteo alcanza-
 ba intensidad sobrecogedora; el redoble del tambor se
 convertía en un rumor de caballos lanzados a la carga,
 y en medio del trepidar de los cascos se escuchaba algo
 como el explotar de gruesos proyectiles. Una voz venía
 a dominar el tumulto:

—¡Atención!

En ese momento la cotorra, bajando la cabecita,
 daba fuertes picotazos sobre el zapato de Pedro Lira,
 quien, sin torcer el cuerpo ni mirar hacia abajo, dejaba
 caer uno de sus brazos y ponía a ras del suelo, estirado
 el dedo índice, la oscura mano. En aquel dedo, con la
 rapidez de quien salta a un tren en movimiento, se en-
 caramaba la cotorra. El brazo subía y se posaba de nue-
 vo sobre la mesa, sobre la cual la cotorrilla descendía y
 en la que quedaba inmóvil, erguida, esperando.

El repiqueteo cesaba, bruscamente. Pedro Lira, re-
 cogiendo hacia el cuerpo los brazos que reposaran so-
 bre la mesa, gritaba:

—¡Atención! ¡Firmes!

Miraba hacia lo lejos, ajeno ya a todo, dominado

también por aquella voz que surgía, inesperadamente,
 de él, aquella voz marcial y estentórea, tan diversa de
 la monótona que usaba al ofrecer su mercadería: “¡Va a
 querer las escobas, las buenas escobas, caserita!”

La cotorra estaba más inmóvil y más erguida.

—¡Soldados: la contienda es desigual! ¡Vivir con
 gloria o morir con honor! ¡Adelante! ¡De frente! ¡Mar-
 chen!

Se reanudaba el repiqueteo, otra vez como el del
 tambor que marca un compás de marcha, repiqueteo
 que Pedro Lira, mirando ahora fijamente a la cotorra,
 matizaba con sonoros ¡rataplán!, ¡rataplán!, ¡rataplán!,
 dando al mismo tiempo, con las muñecas, golpes que
 imitaban la percusión más profunda del bombo. Tam-
 bor, timbal y bombo... Sólo faltaba el clarín.

La cotorra, puesta también en trance, recta la posi-
 ción, iniciaba el desfile del imaginario batallón lanzado
 a la muerte. Sus pasos, más largos que de costumbre,
 seguían el compás de la marcha, y allí, toda verde cla-
 ro, la garganta, el pecho, el abdomen y la cola con dul-
 ces reflejos azulados, fileteada de amarillo aquí y allá,
 rosado el pico y de color carne las patas, no mayor toda
 ella que la cuarta de la mano de un hombre, parecía,
 marchando sobre la amplia mesa llena de manchas, un
 animado y breve resplandor de hojas nuevas. A veces,
 en aquellas partes en que la mesa no tenía manchas, so-
 lía resbalar, perdiendo un poco el paso, que recuperaba
 inmediatamente. Centímetros antes de llegar al filo de
 la mesa, la sorprendía el grito:

—¡A la derecha! ¡De frente! ¡Marchen!

Giraba, procurando guardar la compostura, y seguía adelante, hasta que el otro grito la alcanzaba:

—¡A la derecha! ¡Marchen!

Avanzaba, ahora derechamente hacia Pedro Lira, presintiendo que el instante, el temido instante en que el soldado debe lanzarse hacia el enemigo en busca de una muerte casi siempre cierta y de un honor no del todo seguro, llegaría unos pasos más allá. El nuevo grito la alcanzaba en el centro de la mesa, pero no era un grito: era el clarín, que se juntaba por fin al bombo, al tambor y al timbal:

—¡Tararí! ¡Tararí!

La cotorra se detenía, electrizada. Pedro Lira hablaba otra vez con su terrible voz:

—¡Soldados! ¡El enemigo se lanza al ataque! ¡Empezad el combate! ¡Adelante, soldados de la patria!

Cesaba el repiqueteo, callaba el bombo, enmudecía el timbal y un diluvio de proyectiles empezaba a zumbear en el espacio.

—¡Pum! ¡Pim! ¡Pam! ¡Rac! ¡Trun! ¡Cataplún! ¡Chin! ¡Chin!

Silbidos, explosiones, golpes, desgarramientos del aire... La cotorrita, sola en medio de aquel fragor, abandonada a su suerte frente a un invisible y feroz enemigo, luchaba denodadamente: avanzaba, retrocedía, inclinaba el cuerpo, torcía la cabecita hacia un lado y otro o giraba a la derecha o a la izquierda. La lucha duraba poco, sin embargo: alguien, allá a lo lejos, lan-

zaba el proyectil decisivo. Se oía un silbido. Al mismo tiempo el brazo derecho de Pedro Lira, estirado hacia atrás, empezaba a levantarse bruscamente sobre su cabeza, aproximándose a la mesa. El silbido aumentaba de intensidad, convirtiéndose en rugido. Por fin el brazo caía sobre la mesa y el puño golpeaba en ella con toda la fuerza de que era capaz:

—¡Pam!

Era un golpe seco. La cotorra, tocada por el obús, caía fulminada, tíasas las patas, cerrados los ojos, entreabierto el pico. Silencio. Pedro Lira volvía en sí y miraba al pequeño y verde soldado tendido en el campo de batalla. Sonreía y se frotaba las manos: su trabajo y el de la cotorra eran perfectos. Nunca hubo una banda de regimiento como aquella, jamás un comandante como él, y en los tiempos de los tiempos ningún soldado como aquél, tan denodado, tan valiente, tan patriota, tan muerto.

Yo, empinado ahora sobre las puntas de los pies, miraba a la pequeña víctima. todo aquello me sobrecogía, pues todo, gracias a Pedro Lira, aparecía real. Pero el mago tornábase de nuevo serio: faltaba el último acto. Se escuchaba otra vez el clarín, un toque alegre y ligero:

—¡Tararí, tararí, tararí!

La cotorra no se movía. Pedro Lira gritaba de nuevo, marcialmente:

—¡Soldados: la batalla ha terminado! ¡El enemigo ha sido vencido! ¡El regimiento vuelve a su cuartel! ¡Tararí, tararí!

Se reanudaban el redoble del tambor, el golpe del bombo y el rataplán del timbal, y, junto con ello, la cotorra, único y digno soldado de aquel regimiento, abandonando su papel de soldado muerto, volvía, más afortunado que otros soldados, a desempeñar su papel de soldado vivo. Se erguía sobre sus rosadas patitas, poníase recta y avanzaba airosamente, a paso de parada, hacia Pedro Lira, quien la miraba venir hacia él, brillantes los ojos, encendido el rostro, húmedos los labios. Ella, toda verde claro, con dulces reflejos azules y suaves destellos amarillos, su obra, la única belleza que había logrado crear durante toda su transhumante vida de vendedor de escobas, llegaba ante él y ante él se detenía, esperando su recompensa: una caricia o un trozo de papa cocida.



Dos o tres años después de separarnos de él, mi madre y yo supimos que Pedro Lira había muerto: borracho, un tren lo arrolló, junto con su mercadería, en un solitario paso a nivel. ¿Qué destino tendría su cotorra? ¿Cuál su mujer? Lo ignorábamos y estábamos lejos de ellas: toda una provincia nos separaba. Hablábamos muchas veces sobre aquel hombre y aquella avecilla. ¿Cómo había logrado enseñarle todo aquello? ¿Cuánto tiempo demoró? ¿Cualquier persona podría, con tiempo y paciencia, lograr lo mismo? Nos parecía difícil,

y cada vez que en alguna parte veíamos una cotorrita, preguntábamos:

—¿Sabe hacer alguna gracia?

Sí, sabían dar la pata y hablaban tal o cual palabra; nada más. No había en el mundo muchos Pedro Lira ni muchas cotorras como aquélla. La gracia era escasa. Mi madre, sin embargo, que apreciaba mejor que yo, niño aún, aquel prodigio, no perdía la esperanza de encontrar alguna vez algo semejante. Y una tarde, al regresar del colegio y entrar a la pieza en que vivíamos, vi colgada del muro, junto a la puerta, nuevecita y limpia, una jaula de metal. Dentro, toda verde claro, había una cotorra semejante a la de Pedro Lira, aunque tal vez un poco más corpulenta. Silenciosa me miró. Mi madre no estaba. Dejé en la pieza mis libros y salí a mirar al pájaro. ¿Sabría hacer alguna gracia? ¿Daría la patita, hablaría, haría algún especial movimiento? No me atreví a meter el dedo dentro de la jaula, ni mucho menos a sacarla de ella. Mi madre llegó pronto. Me dijo:

—La compré, hijo, el hombre me dijo que era muy inteligente.

Aquello me extrañó: era año de pobreza, más pobre quizá que el anterior —los años de los pobres son así: cada vez más pobres—, y me pareció raro aquel despilfarro. Me explicó:

—Me costó muy barata. Además, no pude resistir la tentación. Tenía tantas ganas de tener una. ¿Te acuerdas de la de Pedro Lira?

Comprendí que, en secreto, mi madre tenía la espe-

ranza de llegar a enseñar a aquel pájaro, si no todo lo que el otro sabía hacer, algo por lo menos, algo que ella discurriera. Días después, al llegar a mi casa, encontré a mi madre con una cara extraña a ella.

—¿Qué le pasa?

Tenía un dedo, el índice de la mano derecha, vendado.

—¿Se lastimó?

Señaló hacia la jaula. La cotorra, toda verde claro, con dulces reflejos azules y toques amarillos aquí y allá, le había dado, al abrir mi madre la puerta y ofrecerle el dedo para que se subiera a él, un feroz picotón. El pico, fuerte, casi había desgarrado la piel.

—La culpa es mía. Es muy pronto todavía.

La cotorra, detenida en el travesaño central de la jaula, parecía escuchar. Es muy pronto todavía... Pero mi madre era impaciente y pocos días después vi de nuevo la venda sobre el mismo dedo: en idéntico sitio y con la misma fuerza, increíble en una mancha toda verde claro, con tonos azulados y reflejos amarillos, el pico había abierto la piel: se veía la desgarradura. Una fracción de milímetro y la sangre brotaría. La cotorra, silenciosa, miraba desde el travesaño.

Mi madre la mimaba, hablándole con todo el cariño de que era capaz y llenándole la jaula de papas cocidas, trozos de choclo tierno, hojillas de lechuga. La cotorra comía como un león. Pero había en ella algo que no tenía la de Pedro Lira, algo distante y aislado, tal vez como un sentimiento de propia soledad.

Varios días después, a la hora del almuerzo, noté que

comía algo extraño para aquellos días de pobreza: una sopa en la que, además de arroz y papas, se hallaban unos trozos de carne blanca y tierna.

—¿Qué es esto, mamá?

Muda, señaló con la cabeza hacia la jaula. Miré: estaba vacía. Después miré el índice de la mano derecha de mi madre: una venda, más voluminosa que las anteriores y ahora manchada de sangre, lo cubría.

Me extraño aquello, pero me lo expliqué, aunque no en el acto: nuestro cuarto, aun en la mayor pobreza, estaba siempre limpio y ordenado, las sábanas brillaban de blancura, el piso se hallaba siempre sin manchas y todo estaba en su sitio y en buen estado. Ella lo hacía todo, absolutamente todo. No podía reprocharle nada. La gracia necesita quizá, para expresarse, tiempo y despreocupación de otras cosas, y ella no tenía ni lo uno ni lo otro.

La cotorra había ganado la batalla, pero perdido la vida. La libertad y la independencia tienen, por lo visto, un duro precio. Mi madre había perdido una ilusión. Yo, gratuitamente, ganado una cazuela.

MANUEL ROJAS



Manuel Rojas nació el 8 de enero de 1896 en Buenos Aires, donde residían sus padres chilenos. En 1899 la familia se reinstaló en Santiago, pero en 1903 la madre, por entonces viuda, regresó a Buenos Aires. Allí Manuel inicia sus estudios, los que debe abandonar a los 11 años para ganarse el sustento. A los 16 años cruza los Andes a pie, tras haber ejercido múltiples oficios —pintor, electricista, vendimiador, peón del Ferrocarril Trasandino— y, sin dejar de leer desordenadamente toda clase de libros, se inicia en nuevos oficios: estibador y cuidador de faluchos en Valparaíso, consueta y actor en compañías teatrales que recorren Chile y Argentina... “A los veintidós años —escribió el propio Rojas— yo tenía una experiencia vital cuyo recuerdo me asombra (...) Nadie podía venir a contarme algo que me sorprendiera”.

En 1917 empieza su carrera de escritor. Su poema “Gusano” aparece en la revista *Los Diez*. Luego, algunos de sus cuentos obtendrán premios en concursos de distintas revistas y se publicarán en ellas.

En 1922 gana un premio con su cuento “Laguna”, que integrará su primer libro de cuentos: *Hombres del Sur*, 1926. En 1929 aparece el segundo: *El delincuente*, que obtiene el Premio Atenea. Entretanto trabajaba



en la Biblioteca Nacional, era redactor del diario *Los Tiempos*, y se había casado con María Baeza, un matrimonio feliz que tendrá tres hijos.

Con su primera novela, *Lanchas en la Bahía*, 1932, Rojas gana el concurso del diario *La Nación*. A esta obra siguen *Travesía*, 1934, un nuevo conjunto de cuentos, y *La Ciudad de los Césares*, 1936, novela dedicada a sus hijos y a los jóvenes en general.

Por entonces el novelista, otrora incansable vagabundo, trabaja ahora incansablemente en las prensas de la Universidad de Chile, en el diario *Las Últimas Noticias* como articulista, y los domingos en el Hipódromo Chile. Y publica en diversas revistas variados ensayos, como *De la poesía a la revolución*.

En 1951 aparece *Hijo de ladrón*, considerada su obra maestra y que lo sitúa entre los grandes novelistas de América. Pero con esta famosa obra Rojas no agota la historia de su protagonista, Aniceto Hevia, un joven que "sufre, cae y se levanta; le asisten el hombre y la mujer-madre; no conoce aún el amor carnal y en cada ser que encuentra despierta al samaritano".

Tras obtener, en 1957, el Premio Nacional de Literatura, publica dos novelas que continuarán la historia de Aniceto Hevia: *Mejor que el vino*, 1958, "una extensa divagación sobre el lugar del hombre y de la mujer en la realización del amor", y *Sombras contra el muro*, 1964, que cuenta un lapso de la vida de Aniceto que no tratan las dos novelas anteriores. Finalmente, en 1971, Rojas completa la vida de Aniceto con la

publicación de *La oscura vida radiante*, que cierra la tetralogía iniciada con *Hijo de ladrón*.

Durante los veinte años en que crea la tetralogía, Rojas viaja por América, Europa y Oriente medio, enviuda y se casa nuevamente, dicta cursos sobre literatura chilena e hispanoamericana en varias universidades extranjeras; y publica, entre muchas otras obras, *Punta de rieles*, novela, 1960, *Esencias del país chileno*, poemas 1963; libros de viajes, entre ellos *Pasé por México un día*, 1965, y *A pie por Chile*, 1967, y dos ensayos muy personales sobre literatura chilena: *Manual de literatura chilena*, 1964, e *Historia breve de la literatura chilena*, 1964. Póstumamente aparecerá la edición definitiva de *Imágenes de infancia y adolescencia*, 1983.

Manuel Rojas muere en Santiago el 11 de marzo de 1973.